SERVICIO SECRETO

NO TOQUEIS A LAS SIAMESAS



MIKKY ROBERTS

NO TOQUEIS A LAS SIAMESAS

MIKKY ROBERTS

SERVICIO SECRETO n.° 915
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES
CARACAS — MEXICO — RIO DE JANEIRO

SS SERVICIO SECRETO

Depósito Legal B 38.845 — 1967
Printed in Spain — Impreso en España
1ª edición: febrero 1968

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. *A,*
Mora la Nueva, 2
Barcelona — 1968

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.

En Colección BISONTE:
999. — Cazador de forajidos
En Colección SERVICIO SECRETO:
861. — El galeón sumergido
En Colección BUFALO:
723. — Sed de morir
En Colección CALIFORNIA:
389. — Fuego duro
En Colección COLORADO:
400. — Oro enterrado
En Colección KANSAS:
174. — Muerte a plazo fijo
En Colección ASES DEL OESTE:
339. — Soplo de muerte
En Colección BRAVO OESTE:
229. — Diligencia al Oeste
En Colección PUNTO ROJO:
136. — Voces de muerte
En Colección SELECCCIONES SERVICIO SECRETO:
237. — Un caso sin importancia
En Colección ARCHIVO SECRETO:
16. — Uñas de gata
En Colección SALVAJE TEXAS:
502. — Sentencia: Horca

CAPÍTULO PRIMERO

«¡NO toquéis a las siamesas!», era una frase-amuleto que habitualmente salpicaba las conferencias que sobra la vida diaria en el sudeste asiático nos daba Sam Ivory en una dependencia oficial de Washington. Había vivido en menos de veinte años en Thailandia y pasaba por ser un verdadero experto en la historia y en la política de aquel país. Viéndole, con sus gruesos lentes en perpetuo equilibrio sobre aquel armazón de huesos recubiertos por una piel pálida y fría, que constituía su largo y desgarbado cuerpo, se comprendía muy bien que él había seguido escrupulosamente su propio consejo. Resultaba inconcebible que el aburrido Sam Ivory hubiese estado jamás cerca de una siamesa ni de ninguna otra mujer de este mundo. Pero su advertencia se basaba en razones distintas a las biológicas.

—Rozar siquiera a una siamesa en el codo para ayudarle a cruzar una calle constituye una injuria —explicaba—. Una mujer que permite el más ligero contacto masculino queda deshonrada, y el hombre que haga tal cosa se expone a graves problemas. Alguno de nuestros agentes olvidó esta elemental regla y fracasó en su cometido.

Y ahora yo estaba tendido dentro de una amplia bañera mientras las pequeñas y hábiles manos de una linda muchacha me enjabonaban expertamente. Era una experiencia nueva y aterradora. Algo que atraía más turistas a Bangkok que el Templo Real o las terrazas de porcelana de Wat Arun.

Pero no había en ello nada pecaminoso, al menos bajo el punto de vista siamés. En el trayecto del aeropuerto al hotel me habían entregado no menos de diez tarjetas en thaí, chino e inglés anunciando distintos establecimientos de baños, pregonando las excelencias del baño turco con masaje japonés, las propiedades higiénicas del jabón vitaminado o la delicia de los masajes especiales.

De entre las diez casas de baños había elegido una y no por casualidad. Desde la puerta no había dejado de contemplar las más deliciosas sonrisas femeninas. Inmediatamente me llevaron a una sala de baño donde la pequeña siamesa de ojos almendrados, breves *shorts* blancos y holgada blusa de seda sin mangas se ocupó de mi ropa y de mí mismo con igual y tierna solicitud que una madre por su hijito. Sólo que yo no podía ser hijo suyo y ella sí podía ser reina de belleza en cualquier concurso.

Con los ojos entornados trataba de obtener un *relax* que sus manos ahuyentaban a cada instante. Seria, solícita y aplicada, desarrollaba su trabajo con habilidad, totalmente indiferente a mí mismo, como si en lugar de un hombre estuviera despojando del polvo y el sudor del viaje a un perrillo de aguas, un tanto nervioso.

—¿Cómo se llama? —pregunté tratando de que mi pudor no me hiciera enrojecer.

—Racha —con las manos llenas de espuma se detuvo en su tarea y me miró a los ojos—. ¿Es la primera vez?

Avergonzado tuve que asentir.

Los ojos femeninos rieron divertidos, pero su gesto seguía siendo sólo cortés.

—Los occidentales tienen mucha imaginación. ¿Un poco más de jabón?

—No, no —me apresuré a negar—. Tanta limpieza debe ser antihigiénica.

Salí de la bañera y ella me envolvió en un toallón. En unos instantes quedé seco y extendido sobre la mesa de masaje.

—Un amigo me dijo en cierta ocasión que no tocase a las siamesas porque resulta un ultraje —inmediatamente me mordí la lengua, pero ya no podía retirar aquellas palabras, que podían herir a la muchacha.

Racha sonrió una vez más y se situó a mi lado, extendidos sus pequeños y nervudos dedos.

—Mi oficio es honorable, señor. Los thailandeses somos un pueblo que ama la limpieza del cuerpo. Una casa de baños no es lo que un occidental podría creer. Ustedes siempre quieren más, pero eso aquí no se lo podemos ofrecer…

No tuve tiempo de sentirme nuevamente sonrojado porque de pronto, sus dedos empezaron a golpear y a pellizcar con rapidez y totalmente exentos de piedad. Se incrustaban entre mis costillas o en el abdomen y presionaban en los flancos, en delicados puntos que me hacían retorcerme. En un segundo estaba riendo o gritando como si hubiera perdido la razón. Luego se ocupó de mis pies e hizo crujir uno a uno todos mis dedos. Finalmente me volvió sobre la mesa y la encontré encaramada en mi espalda, saltando sobre mi espina dorsal como si pretendiera romperla por varios lugares a la vez.

Cuando terminó, estaba extenuado, extrañamente relajado, fresca la piel y vacía la cabeza. Era un placer nuevo por el que valía la pena pagar. El Oriente siempre refinado estaba allí, en aquella hora durante la que, abandonado a la voluntad de otra persona, me había sentido mecido por manos femeninas, acariciado y cuidado, habiendo dejado salir a la superficie de mi consciencia el niño que, según Freud, hay en todo hombre.

Sólo que hubiera preferido dejar que el hombre sustituyera al niño.

Racha debió comprenderlo y volvió a sonreír, esta vez realmente divertida. Juntó sus manos a la altura del pecho y se inclinó levemente en mudo saludo de despedida. La detuve con un gesto.

—¿A qué hora termina?

Ella negó sin dejar de sonreír amablemente.

—Eso no es posible, señor. ¿No se lo dijo su amigo?

Salió rápidamente y yo la seguí, pero en el vestíbulo me encontré con la encargada, que lucía un *sabai chieng* color coral hasta los pies que dejaba al descubierto su hombro izquierdo.

—¿Quedó contento, señor?

—Por completo, madame.

—¿Tiene la bondad de pasar a la caja…?

Señaló un mostrador al fondo, servido por una muchacha de oscuros y cortos cabellos que adornaba con una orquídea rosa.

Me detuve un momento, con la mano en el bolsillo y cuidadosamente miré por encima del hombro para asegurarme de que la encargada no estaba cerca. Luego saqué un billete de cien dólares y lo puso sobre el mostrador.

—Es lo menos que deberían cobrar por un servicio como éste.

Hubo en la muchacha un ligero parpadeo y recogió el billete.

—Lo he sugerido, pero no me han hecho caso. ¿Tiene la bondad de aguardar? Deberé buscar cambio.

Se incorporó y desapareció por una puertecita» Salió al cabo de dos minutos con un fajo de billetes pequeños. La encargada continuaba en el vestíbulo, aguardando la llegada de nuevos clientes, y la muchacha de la orquídea llamó:

—Madame, el señor Khong desea que compruebe el funcionamiento de las nuevas máquinas de lavar. Alguna está averiada y quiere hacer una reclamación al proveedor.

La encargada asintió:

—Dígale al señor Khong que ahora mismo me encargo de ello.

Cuando hubo desaparecido, la muchacha de la orquídea me sonrió:

—¿Quiere pasar? Deprisa, por favor.

La seguí por la misma puertecita que había usado ella anteriormente y me encontré en una estancia decorada, con el típico estilo recargado del arte thailandés. Era un paso demasiado brusco del ambiente funcional y aséptico de la casa de baños al recargado y rico salón. Equivalía a retroceder en el tiempo varios siglos. Mi traje occidental estaba fuera de lugar en aquella decoración.

La muchacha tocó con sus largas uñas una puerta ricamente taraceada y un instante después ésta se abrió como por un resorte. Ella

se apartó y me dejó solo frente a la penumbra de otro salón en el que las maderas policromadas, las alfombras y las estatuillas componían una atmósfera cargada y embriagadora a un tiempo.

—¿Frank Robinson? —oí una voz en algún lugar de la estancia—. Pase, le estaba aguardando.

* * *

Sobre la superficie humeante, en la pequeña taza de porcelana, flotaba una tierna hoja, cogida de la extremidad de una rama de té: no servía para nada ni añadía sabor nuevo a la infusión, pero la costumbre thailandesa exigía ese detalle para que los entendidos comprobaran la calidad de la bebida que se les ofrecía.

El señor Khong aguardó a que mojara mis labios en la infusión y a que hiciera un gesto de aprobación, para beber a su vez y sonreír:

—Me sorprendió el aviso de Washington de que usted iba a visitarnos, señor Robinson. ¿Ocurre algo grave?

—No… de momento.

—Pero usted no hubiera hecho un vuelo de nueve mil millas sin una razón poderosa.

Khong era un hombrecillo delgado y de baja estatura, con el cabello cortado a rape, casi como un monje budista, y unos ojos vivaces tras la pantalla de unos lentes redondos. Era nuestro enlace en Bangkok, un hombre que no había fallado jamás.

—Hay algo en los informes que hemos recibido últimamente que ha llamado la atención del Gabinete de Evaluación.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé. Ya sabe cómo son: les gusta recibir toda clase de datos, pero agonizan ante la sola idea de soltar una leve pista.

—¿Puedo preguntarle qué misión le han encargado?

Sostenía la taza con su mano derecha mientras la izquierda soportaba el ligero platillo, con la inmovilidad de una estatua. El señor Khong parecía petrificado, pero yo sabía que empezaba a recelar. Una larga experiencia en asuntos de espionaje le había hecho ser cauto en una región del globo donde la gente se caracteriza por su habilidad en disimular sus propios sentimientos.

—Me han autorizado a que confíe en usted, señor Khong.

No dijo una sola palabra, pero bebió un sorbito más de té. Semejó liberarse con ello.

—Al parecer, uno de nuestros agentes merece una atención especial.

—¿De quién se trata?

Había terminado el té y miré a mí alrededor. La penumbra era densa

y aunque hablábamos en un susurro cabía la posibilidad de que alguien pudiera escucharnos,

—No tema, señor Robinson. Estamos aislados del exterior.

—¿Y la muchacha del mostrador?

El señor Khong me miró con amable condescendencia.

—Sara Burt es como mi hija: la he protegido desde niña, cuando sus padres murieron con la invasión japonesa. Podemos hablar sin riesgos.

Encendí un cigarrillo y traté de resumir la situación mentalmente para ofrecer al señor Khong un panorama ajustado a la realidad.

—Es uno de nuestros agentes menos calificados hasta el momento. Me refiero a Sung Noen.

Los ojillos del señor Khong mostraron desilusión.

—Apenas está en activo. En un tiempo fue útil, antes de que le expulsaran del partido comunista. Pero es demasiado torpe y le descubrieron. Tuvo que retirarse por completo de toda actuación de interés porque es demasiado conocido. No obstante, he seguido pagándole, en reconocimiento a anteriores servicios. Temo que haya hecho un viaje demasiado largo para nada, señor Robinson.

—Sí, eso parece, pero… —el asunto era demasiado extraño para decirlo con sencillez—. El caso es que algunas de sus confidencias parecen interesantes.

El señor Khong unió las palmas de sus manos ante el pecho en actitud meditativa.

—En el último año creo que sólo nos ha facilitado un par de informaciones y de muy escasa importancia, señor Robinson. Tengo buena memoria y todo pasa por mis manos.

—Sí, ya sé. Pero me refiero a algo que nos ha llegado *posteriormente.*

—No recuerdo…

—Fue un envío directo, señor Khong —lo más difícil lo había dicho. Estaba seguro de que nuestro enlace iba a sentirse profundamente dolido por aquello.

No me equivoqué. Incluso su clásica impasibilidad oriental se conmovió.

—Pero… no es posible. — ¿Acaso ustedes… han confiado en él más que en mí… y le han encargado misiones especiales… sin mi conocimiento…?

El tono de su voz no había cambiado, pero se le notaba una cierta ansiedad, como si padeciera de asma.

—No; tranquilícese, señor Khong. El Departamento está tan sorprendido como usted. Por eso me encuentro aquí. Sung Noen ha descubierto algo importante.

—¿El qué?

—No lo sé —procuré que mi voz no me traicionase y sentía las

manos húmedas. Sabía lo difícil que es mentir con aplomo ante los ojos escrutadores de un oriental. El señor Khong no dejó traslucir que sospechara de mi falta de sinceridad—. El Departamento desea saber de qué se trata, verificar si el origen de esa información es fidedigno para, en caso afirmativo, proteger en lo posible esa fuente y evitar que una maniobra torpe pueda cegarla.

—Y usted desea entrevistarse con Sung Noen.

—En efecto.

—¿No teme que, habiéndomelo dicho, se malogre todo el asunto?

Me incorporé. El señor Khong era duro como el pórfido. Me miraba inmóvil, como si hubiera entrado en trance.

—Eso que dice es una chiquillada. Si no confiáramos en usted yo no estaría aquí.

—Y si confiaran plenamente, usted no habría venido. Washington debería haberme transferido el asunto y yo lo hubiera controlado inmediatamente. No dudo de sus buenas cualidades, señor Robinson, pero en Bangkok yo puedo moverme mucho más libremente que usted. Hasta el labriego más ignorante sabe que usted es americano. Y los americanos sólo son dos cosas en el sudeste asiático: soldados o espías.

Era una desagradable manera de enfocar la cuestión. Mis dotes persuasivas no debían ser muy grandes o la susceptibilidad del señor Khong superaba todos los límite* razonables.

—¿No piensa ayudarme?

—Conozco bien mis obligaciones —replicó el señor Khong, abandonando el sillón y trasladándose a un escritorio situado en un extremo.

Pulsó la cadenilla de la lámpara y ésta se encendió. Bajo ella había un teléfono en el que el señor Khong marcó unos números rápidamente. Luego habló no más de media docena de palabras en thaí. Cuando colgaba se excusó:

—El thaí es el idioma del pueblo. Estaba pidiendo un *samlor* para usted.

Sonreí, esperando sorprender por vez primera a mi interlocutor.

—Lo oí; hace años que hablo en thaí. Y volviendo a nuestro asunto, le diré lo que ha movido al Departamento a mantenerlo a usted alejado de esta investigación: no es probable que Sung Noen haya encontrado realmente algo importante, de la misma forma que las minas de oro no se descubren con sólo arañar la tierra. El Departamento piensa que puede ser todo una trampa para descubrirle a usted y a su organización, poniendo en el anzuelo un cebo sorprendente e inesperado, a uno de sus propios hombres cargado de información deslumbrante.

Comprobé que el señor Khong se dulcificaba.

—¿Realmente lo creen posible?

—Personalmente, estoy persuadido de ello.

—¿Por qué está aquí, en tal caso? ¿No sería más prudente ignorar la trampa?

—Hay una remota posibilidad de que Sung Noen haya topado con una auténtica mina que su torpeza pueda arruinar. Y yo estoy en condiciones de extraer toda su riqueza.

—Y también puede comprobar que las aguas del Menam son demasiado turbulentas e inhóspitas —advirtió, agoreramente.

Me encogí de hombros con aire divertido.

—Lo bueno de este oficio son los riesgos.

Sonó un lejano batintín. El señor Khong inclinó la cabeza sobre su hombro derecho como si le agradara escuchar el sostenido acorde.

—Su *samlor* le aguarda. No necesita instrucciones al conductor: sabe exactamente a dónde debe llevarle. Es una sala de baile con *taxi-girls*. Si conoce nuestras costumbres tan bien como el idioma sabrá de qué se trata. Sung Noen trabaja allí de portero.

Me dirigí a la puerta por la que había entrado, pero el señor Khong me detuvo con un simple gesto y negó con la cabeza.

—Por ahí, no. Es más segura esta otra salida.

Deslizó una cortina y apareció un muro adornado con mosaicos multicolores de porcelana. Pulsó uno y un lienzo de pared se deslizó suavemente mostrando un rellano y una escalera de caracol iluminada por una bombilla amarillenta.

—Se encontrará en un pasaje repleto de embalajes y desperdicios. Espero que su olfato no se resienta por ello. En la esquina le aguarda el *samlor*.

—Volveré a verle en cuanto averigüe algo —prometí.

Las lentes del señor Khong destellaron un reflejo de la bombilla al inclinarse ceremoniosamente, ocultándole la mirada.

—¿Es necesario que le advierta que vaya con cuidado, señor Robinson?

Un instante después me encontraba en el inmundo callejón. El olor podía servir de anestesia para cualquier ciudadano occidental, pero no era lo peor, con ser tan malo. Una rata como un gato se deslizó por mis pies. Sus ojillos malignos chispearon en la oscuridad y el reflejo de la luz de la esquina próxima hizo brillar sus dientes ferozmente exhibidos por haber sido molestada en su yantar.

Salí del callejón a toda prisa.

En la esquina me sonrió el nervudo *boy* que iba a llevarme, pedaleando en su triciclo, por las calles de Bangkok.

Capítulo II

MILES de *samlores*, los taxi-triciclos, alegremente iluminados de verde y rojo cruzaban las calles de Bangkok tras el crepúsculo, como fantásticas luciérnagas, conduciendo a viajeros como yo a diferentes puntos de la gran ciudad. El *boy* pedaleaba con potencia y buen ánimo, sorteando los coches y los autobuses urbanos, en una desenfadada competencia por adelantarlos aprovechando la escasa envergadura de su triciclo.

Mucho antes de lo que esperaba, el muchacho se detuvo y se volvió hacia mí con una reluciente sonrisa en sus labios.

—Aquí es, señor.

Me bajé del *samlor* y deposité unas monedas en el hueco de aquella mano cobriza al tiempo que echaba una ojeada a mí alrededor. Nos encontrábamos en una calle estrecha y sinuosa con numerosos anuncios de neón en thaí, inglés y chino, y una multitud heterogénea que la recorría incansablemente.

La sala de baile que me señalaba el *boy* tenía un nombre poco original: «Luna plateada», y de su interior brotaban los estentóreos acordes de una orquesta moderna que interpretaba los últimos ritmos que atronaban, desde las sinfonías, los oídos de millones de personas en todo el mundo. No parecía que estuviéramos en Bangkok, sino en cualquier rincón de Greenwich Village o en el propio Liverpool.

El *samlor* se alejó rápidamente con el boy encaramado en sus pedales y penetré resueltamente en el local de baile. Una cortina lo separaba del exterior. Al encontrarme dentro tuve que detenerme para tratar de adaptar mis ojos a la casi total oscuridad. Vagamente se veían a numerosas parejas apretujarse y tropezar unas contra otras en la sala, sin mucha atención por el compás de la melodía que interpretaba la orquestina. Desde allí daba la impresión de que había entrado en una jaula de monos ebrios, cuya única preocupación consistía en apretarse contra la pareja.

Recordé una vez más a Sam Ivory y su recomendación «¡No toquéis a las siamesas!». Las salas de baile y las *taxi-girls* eran la válvula de escape de los thailandeses frente a tan severas prohibiciones. Sólo allí o en las casas de baños era posible sentir un contacto femenino sin que constituyera ultraje. Por eso los *dancings* thailandeses eran tan

numerosos y tan oscuros: nadie pensaba en bailar, sino en sentir muy próxima a una mujer.

No tuve mucho tiempo para reflexionar. Una figura pequeña y perfumada se colgó de mi brazo casi tan pronto hube cruzado la cortina.

—¿Buscas a alguien en particular o pruebas mi forma de bailar? —me preguntó en thaí con voz cantarina y sugestiva.

—Me pareces suficientemente hermosa —le respondí.

Pasé mi brazo por su talle que encontré firme. Al tacto comprendí que era joven. Ella rió y separó mi mano.

—¡Me haces cosquillas! —protestó—. Además, tienes que sacar los tickets. Ven, te mostraré el camino.

Me llevó hasta un mostrador alto tras el que estaba sentado un thailandés de sienes canosas y rostro afilado. Un poco más bajo que el nivel del mostrador había una pequeña luz que le servía para contar las monedas sin que su resplandor disipara la penumbra cómplice de todo el local.

Cuando levantó la cabeza hacia mí le reconocí. En Washington me habían mostrado varias fotos suyas. Sung Noen había envejecido desde que se las tomaron, pero no cabía duda de que se trataba de él. Me volví hacia mi acompañante y le entregué un par de billetes.

—Estoy sediento. ¿Quieres reservar una mesa? Me reuniré contigo en un instante.

La muchacha soltó un gorjeo, algo parecido <a «eres muy espléndido», y se alejó. Luego me incliné sobre el mostrador al tiempo que dejaba un billete de cincuenta baht.

—*Tickets pana una hora*. Encontré un ghekk[1] en mí hotel.

Sung Noen extendió unos tickets sobre el mostrador *y* se hizo cargo del billete mientras susurraba:

—No *lo ahuyente: le librará de mosquitos* —carraspeó y miró a su alrededor, nerviosamente—. ¿Quién…? ¿Quién es usted…?

—Vengo de Washington.

El pequeño thailandés pareció sufrir un acceso de tos» Su frente empezó a llenarse de gotitas de sudor, pequeñas como cabezas de alfiler,

—Oh… ¿Recibieron mi envío…?

—Sí; y quiero más detalles.

—Aquí no.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—¿Sabe alguien que está aquí?

—Actúo con discreción. ¿A quién teme…?

Un cliente con vientre de buda llegó al mostrador. Resoplaba y llevaba la corbata suelta y abierto el cuello de la camisa. Sung Noen fingió seguir una conversación:

—Encontrará en esa sala a las chicas más hermosas de Bangkok, señor.

Despachó al gordo unos tickets y no volvió a hablar hasta que le vio abrazarse a una de las *taxi-girls* que aguardaban en el borde de la pista la llegada de clientes.

Nuestro hombre se volvió hacia mí, pasándose una mano nerviosa por los labios. Estaba en sus límites. La edad o la tensión le habían destrozado. Carecía de valor como agente. Más aún. Era un peligro. Acercarse a él equivalía a quedar marcado. En nuestro argot, «estaba caliente». Era un suicidio utilizarlo, pero en aquellos instantes Sung Noen sabía algo sumamente valioso, algo que me había hecho volar a través de medio mundo y hundirme en la jungla del espionaje, desconectado de mi base, en el barrio del placer de Bangkok, donde cualquiera podía clavarme un puñal en la espalda.

—Le veré en los lavabos, dentro de quince minutos.

—¿Tiene aquí el resto de su información? —le pregunté, sin poder contener mi asombro. Un riesgo tal sólo podía correrlo un hombre absolutamente loco. Y un loco no es jamás un buen agente. Por donde pasa, deja un rastro de sangre.

—No —había captado mi reproche. En otro tiempo, le hubiera obligado, pero en aquellos instantes estaba aniquilado, vencido por la soledad y el miedo, los dos peores enemigos en nuestro oficio—. Saldré a buscarlo.

Era casi imposible que no estuviera vigilado y después de verme hablar conmigo sus probabilidades de subsistir eran mínimas. Recordé las palabras del señor Khong: «Los americanos sólo son dos cosas en el sudeste asiático: soldados o espías». Sung Noen podía morir cuando fuera a recoger el resto del material que había conseguido para nosotros.

—Dígame dónde está y yo mismo lo recogeré —me estaba arriesgando demasiado—. Tenemos un gran interés en…

—Váyase. En los lavabos dentro de quince minutos. Es mi último caso y quiero llevarlo hasta el final.

No podía prolongar más aquella conversación sin un riesgo extra. Recogí el cambio y los tickets y me dirigí a la pista de baile. Sabía lo que pasaba por la mente de Sung Noen. Tenía consciencia de su propia fragilidad y del mínimo servicio que había rendido siempre. Se sabía acabado pero, como el artista mediocre que al final de sus días logra una obra inmortal, quería morir en su empresa, si era preciso, con tal de llevar a su plenitud algo por lo cual se hablara de él en el Departamento.

En torno a la pista había una serie de mesitas con dos sillas cada una. En el centro de cada mesa una lámpara con pantalla roja amparando una bombilla no mayor que un fósforo. Me detuve tratando de identificar entre aquellas sombras a la muchacha que me había elegido

al llegar. Noté un roce en el codo y la voz cantarina de ella.

—Venía en tu busca. Tardabas y pensé que no sabías encontrarme.

Su mano en la mía era como la de un niño. Me llevó hasta una mesita y se sentó a mi lado, su muslo contra el mío. Resultaba casi infantil aquella solicitud, pero era lo que la mayoría de los thailandeses habían ido a buscar allí.

—Mi nombre es Anhua. ¿Y el tuyo?

—Frank.

—Americano. Y acabas de llegar.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Vienes de una sala de baños. Hueles a jabón vitaminado. Todos los americanos pasáis por una de esas casas. ¿Os agrada?

—Es algo nuevo.

—Pero todos acabáis decepcionados. No comprendéis que la chica que os baña es sólo una empleada, y que de sus manos sólo podéis esperar masajes, no caricias.

Le cogí una de las suyas y se la besé. Luego el brazo y el hombro. Al llegar al cuello, noté que se ponía rígida,

—¿Por qué?

—En Thailandia una mujer es mucho más libre que en Occidente. Puede aceptar unas galanterías o no. Es cosa suya. No entran dentro de las obligaciones de su oficio.

Encendí un cigarrillo que le ofrecí y ella aceptó. Luego prendí fuego a otro. A la luz de la cerilla vi su rostro ova» lado, terso, joven, como de porcelana. Era muy bonita. Llevaba un vestido de seda ceñido, que revelaba más curvas que las que cabía esperar en un cuerpo pequeño como el de ella. Pero todo en justas y armoniosas proporciones. Sus labios sonreían, porque sabía que había sido un truco para ser examinada.

Gruñí, como confuso por mi torpeza.

—No estoy muy afortunado.

—Oh, no. Primero la chica de la sala de baños, y ahora yo. Te han informado mal. Nos conoces muy poco. ¿La primera vez que vienes a Thailandia?

Hablábamos inglés desde un principio y yo quería seguir mi juego.

—Sí. Mi periódico me ha enviado para escribir unos reportajes sobre el aspecto actual de Thailandia.

Un camarero llegó con unos altos vasos de los que sobresalían unas pipas de bambú. Por el olor adiviné que se trataba de vino de arroz con agua helada y pétalos de orquídeas. Era un refresco agradable, cargado de alcohol. Conocía a muchas víctimas de una bebida aparentemente tan inocente.

Bebimos y luego bailamos. Anhua tenía el sentido del ritmo y su

cuerpo era algo vivo y candente en mis brazos. Nos besamos al segundo bailable. En la penumbra miré mi reloj de esfera luminosa. Faltaban tres minutos. Terminó la orquesta su carrera de acordes y antes de que empalmara otra composición llevé a Anhua a la mesa.

—Vamos a dar buena cuenta de ese refresco.

Faltaban dos minutos. Bebimos y ella siguió aproximándose. Poco a poco ella parecía sentirse atraída poderosamente. Nuestras cabezas estaban juntas y nos besábamos a cada instante. Cualquiera en mi caso hubiera perdido la cabeza. Yo conocía la legendaria habilidad de las thailandesas para ganarse los corazones masculinos y también su mente calculadora. Nada hay tan parecido a un computador electrónico como una bella siamesa para la que su emancipación y el triunfo social residen únicamente en el dinero. Conseguirlo y atesorarlo constituyen el norte de su vida, y en este juego se permiten a sí mismas todas las reglas.

—Yo puedo ayudarte en tus reportajes, Frank. Conozco bien el país y podría mostrarte cosas muy interesantes… Claro —suspiró muy cerca de mi oído, acariciándome con sus pestañas—, sería preciso comprar muchos tickets…

—¿Aquí?

—Tengo un compromiso con la sala de baile. No importa que no esté aquí, si ingreso mi cuota de tickets.

Entendía. Ella ganaba una comisión por todo el gasto que fuera capaz de inducirme a realizar, incluidas las bebidas. Nada nuevo en ninguna parte del mundo.

—Aguárdame un instante —dije incorporándome—. Voy a los lavabos.

Me cogió de la mano.

—¿Los tickets?

Los saqué en un puñado de mi bolsillo y los dejé sobre la mesa. Anhua se apresuró a alisarlos para ordenarlos, avaramente.

Habían pasado los quince minutos. Me apresuré por entre las mesas, seguí una flecha iluminada en rojo y bajé unas escaleras. Mi olfato se sintió herido por emanaciones ácidas. En un depósito de agua próximo el agua gorgoteaba ruidosamente.

Suelo de granito, paredes embaldosadas, los lavabos a la entrada y una batería de urinarios al fondo. A la derecha una serie de puertas todas abiertas mostrando los evacuatorios, excepto una que estaba cerrada.

No había nadie.

En la nuca notaba un hormigueo. Después de varios años de mirar a la muerte cara a cara sabía cuándo me hallaba en peligro. No era aprensión. Tampoco me sorprendía. Formaba parte de mi oficio y al aceptar la cita con Sung Noen no ignoraba el terreno resbaladizo que

pisaba.

Me moví sin prisas, haciendo los gestos normales de cualquier ciudadano, cualquiera que sea el color de su piel. No miré ni una sola vez mi reloj, pero notaba el paso de los minutos. En el lavabo enjuagué mis manos con serenidad. El agua en mis muñecas ayudaba a serenarme.

Refrescaba las ideas y me hacía pensar. Sung Noen no podía retrasarse tanto. Quería llegar al final, pero estaba ansioso por soltar lo que tenía, pues le abrasaba como un hierro al rojo vivo. El agua seguía goteando en uno de los depósitos. Salvo eso, el silencio era casi absoluto, excepto por el lejano ritmo de la orquesta.

Me sequé las manos, eché una última ojeada por el espejo que tenía ante mi rostro y me encaminé decidido a la única puerta cerrada de los evacuatorios.

Supe que estaba allí, antes de empujar la hoja de madera.

Le habían fracturado la base del cráneo con un golpe de karate. Un poco de sangre y algo viscoso y grisáceo brotaba de las fosas de su nariz.

«Es mi último caso y quiero llevarlo hasta el final.» Había cumplido su palabra.

Capítulo III

LE habían matado para impedirle que tomara contacto conmigo; al hacerlo, habían cerrado su boca y, al mismo tiempo, se habían apoderado de lo que Sung Noen había ido a buscar: nuevos datos que ampliaban su primer e incompleto informe.

No cabía esperar que llevara en sus bolsillos nada de valor para mí, pero debía agotar todas las posibilidades. Muerto mi contacto, todo el asunto se desmoronaba y la fuente de información, tan prometedoramente importante, había quedado cegada. La muerte de Sung Noen indicabas dos cosas: que sus informes eran valiosísimos, y no una trampa como le había sugerido al señor Khong, y, lo más grave para mí, que me habían identificado.

Mi muerte, pues, era sólo cuestión de tiempo.

Me incliné sobre el cuerpo de Sung Noen y empecé a registrar sus bolsillos. Nada de lo que hiciese me pondría en mayor peligro, excepto salir huyendo de Bangkok, y aun eso era improbable que me lo permitieran. No sabían si Sung Noen habría tenido tiempo de pasarme información complementaria durante los dos minutos que estuvimos hablando a la entrada de la sala de baile. Pekín no corría jamás riesgos. Una larga lista de nombres, encabezados con una cruz, nos lo recordaba en el vestíbulo del Departamento en Washington.

Mientras vaciaba sus bolsillos pensaba a gran velocidad, con método, aplicando una fría lógica aprendida después de largo adiestramiento. Aceptado el peligro en que me hallaba, podía intentar dos cosas: huir, y dudaba mocho que pudiera llegar al aeropuerto, o aplicar la táctica del jabalí. Era tan elemental como el rudimentario cerebro de este mamífero, pero si se aplicaba con la salvaje determinación que le dictaba su oscuro instinto podía dar resultado. El cazador que persigue una pieza jamás piensa que ésta pueda revolverse y atacar. Haciéndolo en el último instante podía darse el caso de ser el cazador cazado. Y los agentes de Pekín no podían ni soñar que un solo hombre pudiera invadir su base y hacerles frente con osadía. Tendrían al menos un instante de vacilación imaginando que yo me hallaba más protegido de lo que aparentaba.

La música seguía llegando de la sala de baile, y los lavabos continuaban desiertos. Los bolsillos de Sung Noen no contenían demasiadas cosas. Su documento de identidad me dio a conocer su

domicilio. Lo grabé en mi memoria y lo devolví al bolsillo de la chaqueta. El dinero tampoco me interesaba; una pequeña tijera y una navaja de resorte fueron a reunirse con los demás objetos, en las ropas del cadáver. Me quedé mirando la matriz de un resguardo de una casa de empeños con la doble perforación de un alfiler, como si hubiera estado prendida a algún objeto que Sung Noen hubiera rescatado.

Oí unos pasos a mi espalda, muy próximos. Habían bajado las escaleras con todo sigilo y el eco de la orquesta había apagado todo rumor.

—¡Ahí está! ¡Mírenlo! —oí que alguien decía en thaí, con voz aguda por la tensión nerviosa.

Me incorporé para enfrentarme a dos policías de uniforme tras los que se parapetaba un pequeño siamés, de mejillas color tierra por el miedo. Protegido por los dos agentes, braceaba a sus espaldas señalándome furiosamente con el dedo.

—¡Deténganlo! ¡Él le ha matado!

Uno de los policías me miró y luego transfirió su mirada al cuerpo de Sung Noen. En inglés preguntó:

—¿Por qué le ha matado?

—Yo no lo he hecho. Bajé a lavarme las manos y lo encontré así. Estaba examinándole por si se hallaba herido solamente cuando ustedes llegaron. Debió resbalar y golpearse…

El segundo policía se inclinó sobre el cadáver y lo examinó brevemente.

—No es un accidente. Deberá acompañamos a la Jefatura.

Luego se reunió con el denunciante.

—¿Vio cómo lo mataba? —preguntó en thaí.

Agucé los oídos para conocer su respuesta. Si era afirmativa, se trataba de un cómplice de los asesinos de Sung Noen, y por lo tanto aquélla era una trampa de la que iba a ser víctima. Me fijé en su rostro para recordarlo si lo veía otra vez.

El denunciante pareció azorarse.

—Yo… no… no lo vi. Vine a los lavabos y le vi moviendo el cadáver y registrándolo… Ejem… Sin hacer ruido volví a subir y les avisé. No sé nada más.

Al parecer obraba de buena voluntad.

—Acompáñenos también a la Jefatura. El capitán querrá oír su historia.

* * *

El capitán Chainat parecía estar sufriendo un agudo ataque de sueño,

con los ojos casi cerrados, inmóviles las pupilas tras los párpados semicerrados y un aire totalmente ausente, el cuello hundido entre los hombros y las manos entrelazadas ante su vientre liso, acodado en el sillón de su escritorio. No me había mirado ni una sola vez durante mi relato y no había variado de postura desde que me introdujeron en su despacho. Pero yo sabía que sería capaz de trazar un retrato completo de mi figura, como si sus ojos fueran sendas cámaras fotográficas.

—Así que usted no le conocía, ni había hablado antes con él.

Por fin había roto su mutismo, y ello parecía un milagro, como si un muñeco de, pronto rompiera a hablar.

—Sí y no.

—Dos respuestas contradictorias no son admisibles.

—Sí, referidas a tiempo y circunstancia. Como escritor me gusta la precisión idiomática —crucé las piernas y encendí un cigarrillo sin prisa para que viera que no estaba preocupado—. Si le conocía y sí había hablado con él antes de hallarle en los lavabos.

El capitán abrió los ojos por un momento, clavándomelos en lo que parecía un gesto de sorpresa.

—Antes dijo lo contrario.

—Y no se contradice con lo que acabo de informarle, capitán. Le había visto por vez primera unos veinte minutos antes de encontrar su cadáver y había cruzado con él unas palabras: las precisas para solicitar unos tickets y pagarlos.

No le gustó la broma y lo notó en la forma como se deslizaba un poco más en su sillón, buscando una postura más cómoda, pero interiormente hirviendo.

—¿Qué buscaba en sus bolsillos?

—Su identidad para avisar a posibles familiares.

—¿No hubiera sido más propio llamar a un médico?

—No conozco a ninguno que pueda devolver la vida a un cadáver.

—¿Y no pensó en la policía?

—No vi nada anormal. Pensé que había resbalado y había hallado la muerte al golpearse contra el suelo. Además… soy periodista.

Chainat miró mis objetos personales amontonados ante él, sobre el escritorio: la cartera, la documentación, el dinero, el bolígrafo y los distintos efectos que cualquier persona normal lleva encima. En primer término estaba mi credencial de corresponsal al servicio del «Chicago Herald».

—¿Qué explica eso?

—Una insaciable curiosidad, un afán por hallar la noticia en el mismo lugar donde se produce. Por eso hablo mucho, pregunto, entro en cualquier lugar y, si puedo, reviso los bolsillos del primer cadáver con el que me tropiezo. Uno no sabe nunca dónde está la noticia.

—¿Le da éxito ese sistema en su país?

—Y en otros muchos lugares del mundo.

—En esta parte de Asia puede ser peligroso.

—Nunca lo hubiera sospechado.

No ignoró la ironía y noté que se sentía peor. Le hubiera gustado que yo careciera de pasaporte americano, sobre todo, que no tuviera relación alguna con la prensa. El trato hubiera sido distinto. Pero tenía miedo de mi reacción y se dominaba hundiéndose cada vez más en el sillón. No iba a ignorarme en lo sucesivo.

Podía haberle revelado mi verdadera identidad y, dadas las relaciones entre nuestros mutuos países y la ayuda que recibían de Washington, me hubiera puesto en la puerta con toda clase de sonrisas y reverencias, pero diez minutos después hasta el más oscuro boy de Bangkok habría conocido quién era y yo y qué hacía en «la tierra de las sonrisas».

Me incorporé y aplasté el cigarrillo en el cenicero que el capitán tenía en su mesa.

—¿Puedo marcharme?

—¿Cuánto tiempo va a estar en Bangkok?

—Ni yo mismo lo sé. Depende de lo que me cueste acabar esos reportajes.

—No se vaya sin habérmelo comunicado antes.

Empecé a guardar mis efectos personales en los bolsillos sin esperar a que me autorizara a ello. Le sonreí.

—No podría hacerlo. Dentro de cinco minutos los oficiales de seguridad del aeropuerto tendrán mi nombre y una descripción completa de mi persona, con la orden de no permitirme la salida del país.

El capitán Chainat pareció relamerse.

—Me agrada que entienda.

—Soy muy comprensivo. Cuente conmigo para lo que guste y no deje de avisarme si necesita de mí. Me alojo en el Hotel Capítol.

Desde la puerta le hice una leve inclinación de cabeza y abandoné la Jefatura de Policía.

Al salir a la calle miré el reloj. La cena podía esperar. Necesitaba entrevistarme urgentemente con el señor Khong para informarle de la muerte de Sung Noen. No podía decir que mi gestión hubiera sido un éxito. Nuestro enlace en Bangkok no osaría expresar reproche alguno, pero pensaría sin duda que él no habría provocado la catástrofe y que mi presencia había precipitado el fin de Sung Noen. Yo también estaba a punto de creerle. Sin embargo, no dejaba de pensar en la coincidencia de que unas pocas horas después de mí llegada a Bangkok *ellos* conocieran mi identidad. Mi único movimiento desde mi llegada había

sido la visita a la casa de baños del señor Khong. Había entrado como un cliente normal, y como tal me había comportado, y nadie me había visto salir. Únicamente el señor Khong sabía mi identidad.

Una entrevista con él podía ser muy fructífera.

Aguardé a que el semáforo de la esquina cambiara y crucé la calle. A aquella hora, Bangkok, al igual que cualquier otra ciudad occidental, estaba en el momento de más intenso tráfico. Pude haber tomado un taxi, pero preferí ir andando. En el caos de la circulación era muy difícil saber si era seguido. A pie, tenía todas las ventajas de mi parte.

No había recorrido trescientos metros desde la Jefatura cuando supe que me seguían. La base de la formación de todo agente es saber cuándo le siguen. Un agente que sea incapaz de percatarse de algo tan elemental no vive lo suficiente para que pueda servir de ejemplo. Compré un periódico norteamericano en un quiosco y mientras pagaba su importe le examiné. Era chino y no debía tener más de treinta años. Delgado y frágil parecía un colegial que ha hecho novillos y está disfrutando de su primera escapatoria lejos de la vigilancia paterna. Una vez identificado, me puse a caminar con aire despreocupado.

Me seguía de cerca por miedo a perderme entre la multitud. Yo cambiaba el ritmo de mi marcha para obligarlo a estar en constante zozobra, y cruzaba impensadamente las calles, aun fuera de los pasos de peatones. Cuando estuve bien seguro de que era él quien me seguía y que no había nadie más apoyándolo, pasé a la ofensiva.

Un chino en Bangkok, donde la mitad de la población es de esa raza, pasaba por completo desapercibido. Le hice correr. Entré en unos grandes almacenes, abiertos hasta la medianoche, y salí por la puerta opuesta. Era un truco demasiado viejo y él no me perdió de vista ni un solo instante. Luego me deslicé súbitamente en un bar para pasar acto seguido a los lavabos. Cuando salí le vi en el mostrador, junto a la puerta, fingiendo interesarse por un periódico que había desplegado ante sus ojos. Por un momento tuve la tentación de acercarme a él y desafiarle para verle enrojecer. Un seguidor eficiente no puede asimilar una humillación semejante sin sentir el rubor, porque un seguidor no debe ser detectado. Pero pasé de largo y tuve la satisfacción de verle salir al trote, reflejado en la luna de un escaparate.

Sonó un chirrido de frenos en la confluencia de dos calles y luego el impacto de dos carrocerías chocando entre sí. Los conductores de ambos vehículos saltaron a la calzada increpándose mutuamente. Un guardia acudió sin dejar de tocar su silbato y en treinta segundos casi un centenar de personas se arremolinó en el lugar del accidente.

Me zambullí de cabeza en aquella pequeña multitud. Casi noté la crispación de mi seguidor, adivinando que iba a perderme.

No se equivocó. Un minuto después, desde el quicio en sombras le vi agitarse y correr de un lado a otro, buscándome. Sabía lo que sentía en

aquellos instantes. Yo mismo había sido chasqueado en más de una ocasión, especialmente en Berlín, donde los rusos se movían con sorprendente destreza, y no había amargura mayor dentro de la profesión. La sensación de fracaso era tan viva que ninguna consideración podía mitigarla.

Mi seguidor estaba demasiado nervioso. Debía ser muy importante para él no perderme de vista. Sin duda no iba a serle fácil explicar a sus superiores que un americano le había burlado en una ciudad que él debía conocer como la palma de su mano. Estaba maduro para el paso siguiente.

Le seguí y no lo notó. Estaba demasiado preocupado por su fracaso para pensar siquiera que su víctima estuviera haciéndole una burla semejante. No envidiaba la suerte que iba a correr cuando sus jefes conocieran su torpeza, y las graves consecuencias que iba a tener para ellos.

No volvió la cabeza ni una sola vez ni aprovechó las lunas de los escaparates para comprobar si era seguido. Me había subestimado demasiado. El orgullo puede alcanzar en los orientales cimas tan altas como su Everest, especialmente en la nueva generación de guardias rojos, imbuidos de un sentimiento de supremacía, como raza. Para el mozalbete al que seguía yo debía ser una especie de analfabeto dando los primeros pasos en la sutil ciencia del espionaje. Ni siquiera su fracaso le abría los ojos lo suficiente para dudar de su propia categoría como agente. Y no cabía, en lo que él creía su privilegiado cerebro, la idea de que su hombre pudiera estar pisándole los talones.

Me llevó así hasta Yawaraj Road, en pleno barrio chino. Seguíamos estando en el Oriente, pero la decoración había cambiado por completo. Incluso el lenguaje que escuchaba ya no era el siseante thaí, sino el gutural cantones. Las muestras de las tiendas, los dragones que campeaban sobre algunas puertas o los farolillos de papeles de colores parecían importados directamente de cualquiera de las ciudades del antiguo celeste imperio. Si en cualquier lugar de Bangkok mi vida valía poco, en el barrio chino podía comprarse un asesino por un paquete de cigarrillos. Lo sabía y estaba corriendo un buen riesgo, pero creía que valía la pena.

El chino se detuvo nada más cruzar el escaparte brillantemente iluminado de un restaurante donde se exhibían docenas de platos a cual más apetitoso. En el acto frené mi marcha y me pegué a la pared. Le adiviné en la penumbra, más allá del rectángulo de luz que hacía brillar la húmeda acera, mirando hacia atrás. Su figura era una mancha más oscura en la sombra general de la calle, aligerada de vez en cuando por los reflejos multicolores de los farolillos. Estaba comprobando si había sido seguido. Era como un acto reflejo, el resultado de un largo entrenamiento, y la forma de realizarlo revelaba que se movía con

arreglo a bien aprendidas lecciones procedentes de algún manual para espías usado en Pekín. Un escaparate iluminado, en una calle oscura, es una barrera casi insalvable para un perseguidor, si quiere permanecer en el anonimato. Tal era mi caso, pero no era aquello lo que me preocupaba, sino el hecho de que el chino debía estar muy próximo a su control, quizá a unos pocos pasos. Aquella súbita vuelta a la realidad que había tenido para desarrollar un formulario sistema de seguridad indicaba que formaba parte de la rutina diaria antes de zambullirse en su base de operaciones. Cualquiera que sea la nacionalidad del agente, las costumbres básicas son las mismas.

No me puse nervioso. Él podía escaparse, haciendo inútil la caminata que me había dado hasta allí, pero si me precipitaba, lanzándome tras él no solamente sería descubierto sino que me matarían. No iban a dejarme marchar sabiendo que había averiguado desde dónde operaban.

Cerca tenía el hueco de una puerta y furtivamente me deslicé en él. El chino continuaba a unos treinta metros, casi confundido con la oscuridad de la pared, esperando. Tenía paciencia y podía estar horas, cerciorándose, demasiado tarde, de que no había peligro.

Del bolsillo interior dé la chaqueta saqué un cilindro negro que desplegué como el catalejo de los antiguos marinos. Era, en cierto modo, un instrumento óptico similar, aunque de menor tamaño, y concebido por la ciencia de la era atómica para ver en la oscuridad casi total.

Allí estaba mi hombre, mordiéndose el labio inferior, nervioso. En los cinco minutos que siguieron miró su reloj de pulsera siete veces al fin, cuando debió cumplir el tiempo que su manual señalaba como mínimo para la seguridad de su grupo, dejó de vigilar y continuó adelante.

Un grupo de chinos bulliciosos salió del restaurante en aquel momento comentando las excelencias del menú. Detenidos ante la acera, en el océano de luz, hablaron todos a la vez proponiendo distintas diversiones, desde el fumadero de opio a la visita a una casa de placer, para rematar adecuadamente la jornada. Luego se pusieron en marcha en dirección opuesta a la que me encontraba.

Me pegué a ellos, audazmente. Con aquella barrera humana nadie podía verme. Salvé así el escaparate y me encontré de nuevo a espaldas del chino, que en aquel instante entraba en la tienda de un ropavejero de pobre aspecto.

De una ojeada identifiqué el lugar y grabé los detalles más significativos en mi mente, sin separarme del grupo de animados juerguistas. Por la cristalera del escaparate vi a mi hombre cruzar ante el mostrador sin detenerse y levantar una cortina que daba a las dependencias interiores.

Cuando me separé de los eufóricos chinos, sonreía satisfecho. Para ser mi primera jornada en Bangkok, y descontado el fracaso inicial del

asesinato de Sung Noen, no me habían ido demasiado mal las cosas.

Al menos, había localizado el control chino. Una información como ésa valía el vuelo desde Washington.

Al señor Khong iba a llenarle de júbilo aquel dato.

Capítulo IV

PERO al señor Khong no le interesaba en absoluto aquella información. Con el feo agujero en la base de su cráneo había perdido todo interés por el espionaje en general y por su red de agentes, en particular. Había muerto una hora antes, carecía de *rigor mortis* y, poniendo el dorso de mis dedos entre su piel y el cuello de su camisa aún encontré algo del calor que le había animado en vida.

Estaba de bruces, sobre su escritorio, con un hilillo de sangre empapándole la tirilla de la camisa y la impecable chaqueta.

No había nadie más en su despacho y la casa de baños estaba silenciosa y, por lo que podía suponer, vacía.

Había subido por la estrecha escalerilla que daba al callejón de la rata que había utilizado horas antes para salir. Me había fijado en la cerradura de la puerta y con mis ganzúas y la experiencia de un profesional, no había tenido dificultades para entrar. Lo había hecho con sigilo, pensando sorprender al señor Khong a fin de hacerle unas cuantas preguntas acerca de cómo los chinos se habían enterado que me interesaba por Sung Noen. Del aeropuerto había ido directamente a la casa de baños, y nadie en Bangkok, excepto el señor Khong, tenía idea de mi identidad y de la finalidad que me había traído a la capital de Thailandia.

La conclusión era obvia.

Pero la bala que había perforado el cerebro del señor Khong daba al traste con cualquier teoría que hubiera tenido hasta entonces.

Ni el más estúpido de los servicios secretos mata al mejor de sus agentes, cuando está infiltrado en el núcleo de una organización enemiga. Su muerte significaba la inocencia del señor Khong. Saberlo leal me confortaba, pero el precio había sido excesivo.

Empecé con las deducciones. No había señal de lucha y le habían disparado estando tras él, cuando se hallaba sentado revisando la contabilidad de su negocio. Quienquiera que le hubiera matado era de su entera confianza y esa persona había aprovechado la familiaridad que le unía para sacar la pistola cuando él estaba distraído, apoyarla en la nuca y disparar. Era alguien que estaba de pie, a su lado, mostrándole algo… ¿Quizá el libro de contabilidad? No había desorden en el despacho y, tras un breve examen, hubiera jurado que no faltaba nada.

El crimen no tenía como móvil el robo. En el espionaje cuentan otras causas: eliminar a un enemigo peligroso o silenciar una boca. El señor Khong debía estar vigilado de cerca y con mi visita yo había quedado definitivamente marcado. Como una reacción nuclear en cadena, mi contacto con Sung Noen había provocado la muerte de éste. Ellos sabían que yo visitaría al señor Khong para exigirle cuentas por semejante coincidencia, y debieron temer que él comprendiera entonces quién era el traidor que, desde dentro de su base, servía información a los chinos.

Por eso había muerto. Vivo no valía para nada, una vez que Washington hubiera sabido que toda su organización estaba minada de dobles agentes. Y podía ser peligroso si el señor Khong se lanzaba a un desesperado contraataque para rehabilitarse.

Hojeé el libro de contabilidad, concentrado intensamente en el análisis mental que estaba realizando. La persona que mató al señor Khong estaba mostrándoselo. Y un libro de contabilidad, con los asientos de los ingresos del día, es un instrumento de trabajo de una cajera.

Sara Buri.

¿Qué había dicho el señor Khong sobre ella? *Sara Buri es como mi hija: la he protegido desde niña, cuando sus padres murieron con la invasión japonesa. Podemos hablar sin riesgos*. El señor Khong no era tan eficiente como suponían en Washington. Primero ignoraba que Sung Noen pudiera tener acceso a una información tan importante como la que había llegado al Departamento, y luego jamás habla sospechado que en su base tuviera un agente enemigo. Había pagado un justo precio por el doble error. Podía parecer cruel mi forma de pensar, pero perdí todo sentimentalismo el día en que el Vietcong me puso astillas encendidas en las uñas de los pies.

Debía salir de allí cuanto antes. Cada segundo que pasaba notaba la atmósfera irrespirable. La casa de baños tenía que estar vigilada. Quedarme allí un momento más era reducir mis probabilidades de vivir. Además, no tenía objeto. El señor Khong habría guardado muy bien sus archivos, donde figurarían los nombres de su red, pero aunque los encontrase no me servirían de ninguna ayuda: jamás podría acercarme a ellos, en el caso de que aún estuvieran libres y con vida, sin cavar mi propia fosa.

Estaba solo en Bangkok. Sólo e identificado. Obrando sensatamente debería salir de Thailandia y dejar que otro agente, no identificado, prosiguiera la investigación.

Pero eso equivalía a confesarme fracasado, y en el Departamento saben que Frank Robinson no tira jamás la esponja.

Me entretuve treinta segundos más. Los justos para mirar en el directorio telefónico, junto al nombre de Sara Buri, *su* teléfono y dirección.

La visitaría.

No salí por la escalerilla excusada. El callejón de la rata era un lugar ideal para morir. Por el contrario, crucé el despacho y abrí la puerta con exóticos dibujos de tela, y me encontré en el lujoso salón que comunicaba con la sala de baños. Una lámpara no lograba disipar las sombras. Cerré a mi espalda y, rígido, me detuve un instante, como el sabueso que olfatea el aire antes de seguir adelante, notando muy próxima la pieza que va a cobrar.

En mi caso era distinto. Había «alguien» allí, y yo iba a ser cazado, aunque no asesinado… momentáneamente. Me querían vivo, Razonable. Me sabían repleto de información. Yo había demostrado en la jungla del Viet y más allá de la puerta de Brandenburgo que sabía resistir. Pero ni por todo el oro del mundo estaba dispuesto a repetir la experiencia.

Avancé un paso. Podían haber disparado contra mí, y no lo habían hecho. Eso me daba ventaja. Moví la otra pierna. Mi enemigo debía estar junto a la puerta que comunicaba con el vestíbulo de recepción. «Lo notaba». Era como un temblor en la epidermis de la nuca. Una sequedad en la lengua, un dedo apretándome la boca del estómago.

Conforme avanzaba, él se deslizaba, tan sigiloso como un pielroja descalzo sobre una alfombra, buscándome la espalda.

Se la ofrecí casi jubilosamente. Iba a llevarse una sorpresa.

Lo volteé cuando se creía más seguro. Atrapé su mano cuando iba a descargarla contra mi nuca, tiré de ella, metí el hombro bajo su brazo y saltó limpiamente. Él me ayudó. Sabía judo y me creyó imbécil al dejarle suelto a la primera ocasión que tenía que haberle sujetado coa una llave inmovilizadora.

Pero no contó con el impulso que le di.

Lo estrellé contra la pared. Resonó violentamente su cabeza y en chino empezó a jurar. Yo entendía lo suficiente su idioma para sonrojarme, pero la misma vehemencia de sus interjecciones me dio a entender que no estaba tan maltrecho como yo hubiera deseado. Ahora era mucho más peligroso.

Era una sombra ante mí, ágil y escurridiza como rasa pantera. La luz de la lámpara brilló en sus dientes.

Se lanzó contra mí, tan velozmente como si le impulsara un muelle. Alcé los brazos para defenderme y caí de rodillas. Empleaba el karate. El canto endurecido de sus manos casi me había partido ambos brazos. El golpe siguiente podía desnucarme o, en el mejor de los casos, dejarme inconsciente y a merced suyo.

Contra toda lógica me dejé caer de espaldas. Apoyado de codos en el suelo le di con ambos pies en la entrepierna. El no esperaba eso. Su lenguaje no fue mucho mejor esta vez. Mi treta no pertenecía a las reglas del judo ni a las del karate, pero nadie me obligaba a ser honesto

con quien pretendía llevarme a las aguas del Menang, una vez me hubiera interrogado con amabilidad o con todos los métodos del refinamiento chino.

No le di tiempo a recuperarme. Me corría prisa salir de allí. No podían andar sus compañeros muy lejos.

Había caído de rodillas y se doblaba, llevándose ambas manos al punto donde su cuerpo parecía desgarrarse.

Le solté una patada en la oreja que dio con él en el suelo, como un fardo.

No se movió. Me incliné con precauciones previendo una treta.

No las emplearía más. Su cráneo era débil. Lo noté hundido en el lugar donde mi zapato había tomado contacto con él.

Frotándome ambos brazos me incorporé, respirando profundamente. Había sido atrozmente rápido todo. Tan rápido como la muerte.

Su sombrero estaba caído en el suelo. Lo tomé y con él crucé el vestíbulo, en busca de sus compañeros.

A través de la cristalera vi un coche negro parado en la acera opuesta. Allí estaban ellos. Me puse el sombrero del muerto y, reduciendo mi figura en lo posible, abrí la puerta y, sin dejarme ver apenas, les hice señas con el brazo.

Ambas puertas delanteras se abrieron para dar paso a otras dos figuras menudas que cruzaron la calle ágilmente. Mientras lo hacían, situé el cadáver en el salón, apoyado, contra una mesa, con la lámpara de tal forma que proyectaba su sombra contra la pared, haciéndola visible desde la puerta de la calle. Luego crucé el vestíbulo a toda prisa y me pegué a la entrada.

Los compañeros del muerto empujaron la puerta y se detuvieron, con desconfianza.

—¡Tien Chu! —llamó uno de ellos.

Su compañero le dio en el codo y señaló la puerta a través de la cual se veía la sombra del muerto, que aparentaba estar ocupado examinando algo muy interesante situado sobre la mesa, a juzgar por la inclinación de la cabeza.

Aliviados al verle, los dos chinos se introdujeron en el interior de la casa de baños. Cuando entraban en el salón, salí de mi escondite, empujé la puerta y me encontré en la calle.

A la carrera fui hasta el coche negro. No había nadie dentro y la llave de contacto estaba en su sitio.

Me deslicé dentro y accioné el encendido. El motor obedeció prestamente. Metí la primera y pisé el acelerador

El coche obedeció apartándose del bordillo. Desembragué y cambié a segunda con treinta millas, el tubo de escape petardeando.

Tuve el gozo de ver por el retrovisor cómo los dos chinos salían de la

casa de baños y daban saltos de rabia por la burla de que habían sido objeto.

Los perdí de vista en la primera esquina. Aquella noche el control chino estaría a presión. Una doble burla como aquélla, a causa de un agente de Washington, era mucho más que lo que su racismo podía soportar.

Puse la radio ya paseé la aguja por todo el dial. Las emisoras thailandesas acababan de descubrir a los Rolling Stones, y estaban haciendo su agosto.

Capítulo V

LA casa no tenía nada de thailandesa. Ni el ascensor, ni el parket encerado, ni las puertas barnizadas, ni los números de latón que distinguían los apartamentos podían relacionarse con la milenaria cultura thaí. Sara Buri vivía en el sector occidental, y de acuerdo con los lujos habituales en Europa o en América.

Únicamente la sonería eléctrica me recordó el sonido áureo de las campanillas de los monasterios budistas. Llamé dos veces. El resto de los apartamentos estaban silenciosos y el vestíbulo del tercer piso no tenía rastro alguno de vida.

Miré el reloj. Era casi la medianoche. El tiempo pasaba velozmente. No era la hora más apropiada para una visita de cumplido, pero no estaba muy seguro de que fuera ésa mi intención al llamar a la puerta de Sara Buri.

Oí un roce por la parte interior de la puerta. El minúsculo visor se movió y me di cuenta de que estaba siendo examinado.

—¿Es usted, señor Robinson? —la voz asombrada y soñolienta de Sara Buri me llegó desde el otro lado.

—En efecto. ¿Puede abrirme?

Lo hizo antes de que terminara la pregunta. Acababa de salir de la cama y me había abierto tal y como estaba en ella, con una tenue prenda que sólo llegaba a sus muslos… Salvo eso, ni su rostro fresco y radiante ni su cabello bien ordenado podían informar que hubiera sido arrancada al sueño.

Se hizo a un lado para que entrara, pero estaba demasiado turbado para obrar con naturalidad. Era demasiado hermosa. Por la tarde no me había fijado en ella, preocupado por mi entrevista con el señor Khong. Tampoco iba ataviada como en aquel instante, ésa era la verdad. No podía apartar la vista de sus piernas, no demasiado largas pues su estatura era más bien pequeña, ni de lo que encerraba la suave *negligée* color violenta.

Ella me sonrió.

—¿Va a quedarse aquí toda la noche?

Me decidí, no muy seguro de mí mismo. Pasé por EL lado. Se había bañado y perfumado antes de acostarse como todos los thailandeses que hacen de la limpieza un culto, pero ella de una forma especial. Nuestros

ojos se cruzaron y me pareció ver en ellos burla e ironía; mis pensamientos eran demasiado evidentes para su sagacidad oriental.

El apartamento constaba de una sola habitación, muy amplia y bien decorada. La zona más próxima a la entrada era un *living* con un tresillo, una librería con televisión y un mueble-bar abierto. Un biombo de seda, pintado por un artista oriental, enmascaraba a medias la zona del dormitorio. La cama, que guardaba la huella del cuerpo femenino, se escondía por el día en un amplio armario que ocupaba toda una pared y terminaba junto a la puerta del cuarto de baño.

Ella me señaló un sillón y desapareció tras el biombo.

—Siéntese.

Regresó un minuto después con un salto de cama de las mismas dimensiones.

—Debe ser muy importante lo que le ha traído hasta aquí —empezó ella, sin sentir el menor nerviosismo.

—Así es, pero… temo que no voy a poder concentrarme en el objeto de mi visita, si no se cubre con algo mayor.

—¿Los hombres, en América, no piensan en otra cosa?

—No, cuando estamos ante «algo» como usted.

Ella se sentó en el sillón opuesto y cruzó las piernas con desenvoltura, sin inmutarse.

—Eso debe ser un cumplido.

Le gustaba sentirse admirada y deseada. Era una buena arma. Con un esfuerzo dejé salir el aire de mis pulmones y me recosté en el sillón, tratando de evadirme del círculo tenso en el que ella quería encerrarme. La situación no podía ser más insólita, y si alguno de los jefes del Departamento hubieran podido verme en aquel instante, sin duda habrían formado una opinión muy adversa sobre mi moralidad, que habían refrendado decenas de veces en anteriores ocasiones.

—¿Cuándo se marchó de la casa de baños? —pregunté, desviando la mirada de sus piernas.

—A las siete. ¿Por qué?

No respondí. Clavé mis ojos en sus pupilas. Aunque lo pretendí no podía mostrarme inquisitivo ni agresivo contemplando aquella mirada dulce y lánguida.

—¿Adónde fue?

—A la peluquería. ¿No salta a la vista? —y se acarició el cabello.

—¿Cuándo salió?

—Una hora después. Me fui a cenar.

—¿Sola?

—Es una pregunta que un caballero no hace jamás a una dama.

—Yo no soy un caballero, Sara.

Ella estiró vanamente el borde de su salto de cama.

—No haga que lo crea. ¿A qué viene tanta pregunta? Parece que he cometido un crimen.

—Es la sospechosa ideal —al fin había conseguido arrancarme el influjo femenino y adoptar un aire duro, implacable.

—Cuando hay un sospechoso, existe un delito. ¿Cuál me asigna?

—Un crimen.

—¿Tengo aspecto de poder matar?

—Con una mirada, sí; con un beso no habría duda —me incorporé y rodeé el sillón donde ella se había sentado. Cuando estuve a su espalda, puse mi dedo índice como el cañón de una pistola contra su nuca, justo en el lugar donde el señor Khong había recibido el balazo—. Pero usó una pistola.

—¿Yo? —alzó la cabeza para mirarme y se recostó aún más, ampliándose su escote—. No poseo armas. Puede registrar el apartamento.

—Nadie podría esperar que usted la guardara aquí.

Se impacientó.

—El juego dura demasiado. ¿Por qué no termina de una vez? ¿Qué se propone acusándome de un crimen absurdo…? ¿Acaso se ha convertido en policía?

Pasé mi dedo índice por su cuello, despacio.

—¿No le interesa conocer la identidad de la víctima? ¿O ya la conoce?

—¡No diga tonterías! —se incorporó bruscamente, airada. El salto de cama ondeó y toda ella tembló bajo la suave prenda—. Tenga la bondad de marcharse. No son horas para…

—Aún no he terminado. Y voy a ponerme muy violento en cualquier instante, Sara. Usted sabe quién soy realmente y está demasiado metida en el negocio del espionaje para saber que no hay piedad para un traidor. Mucho menos, cuando ese traidor es un asesino que acaba de matar a su jefe quien, a su vez, es el jefe de toda una organización local al servicio de Washington.

Ella retrocedió, con un creciente temor. Sus manos, convertidas en garras hasta un momento antes, se suavizaron al reunirse junto a su boca, como si estuvieran prestas a ahogar cualquier grito que pudiera escaparse de su garganta.

—¿Qué está tratando… de decirme…?

—Acabo de encontrar al señor Khong muerto en su despacho. Con un balazo en la base del cráneo. Lo mató alguien en quien él tenía plena confianza, cuando estaba revisando un libro de caja que le habían llevado para distraerlo… —alargué una mano para sujetarla—. Sólo usted maneja esos libros, Sara. Sólo usted conocía las verdaderas

actividades del señor Khong y, finalmente, sólo usted me había visto entrevistarme con su jefe, y probablemente, había escuchado nuestra conversación.

La muchacha sacudía la cabeza a cada acusación mía, tratando de negar, aunque sin poder contener el torrente de mis invectivas. La vi cómo perdía el color y luego de llevarse las manos a los labios empezó a desplomarse.

La sujeté. Entre mis brazos su cuerpo se hizo un ovillo caliente. La levanté en vilo y la deposité sobre el sofá. Era como una muñeca de perfectas proporciones, pero jugar con ella podía ser altamente peligroso. Puse un almohadón bajo su nuca y levanté uno de sus párpados.

Estaba recobrando el conocimiento, pero necesitada un tónico. En el bar había whisky, de modo que le di un trago. La fuerza del alcohol le hizo toser y abrir los ojos, con nuevo color en las mejillas.

Me miró y, en silencio, sus ojos se llenaron de lágrimas. Lloró así durante varios minutos, sin dejar de mirarme, sin conmoverse por los sollozos, mansamente, plácidamente, como si se vaciase. No era una situación cómoda para mí, pero en modo alguno era producto de una escena que estuviera haciéndome para conmoverme. Parecía sincera en su dolor.

Tendida en el sofá, y con el desconsuelo que entristecía su rostro hubiera parecido una niña de no ser por sus bien formadas piernas o por la silueta que las prendas nocturnas contribuían a realzar. Le acaricié las manos y ella me las besó.

—No puede haber creído que yo hiciera algo tan horrible, ¿verdad?

No pude responder. Volvió el rostro y explicó:

—El señor Khong me adoptó cuando quedé huérfana durante la guerra. Ha sido para mí un auténtico padre. Él no tenía hijos y vertió en mí su cariño.

—Me lo dijo.

—¿Puedo ser tan desnaturalizada que hubiera pagado tanto bien con un crimen?

No; no era razonable. Y sin embargo…

—Todo le acusa. Esos libros… El no sospechó de su asesino: no se asustó.

Sara Buri dejó de llorar. Con un pañuelo secó su rostro» sin perder con ello el encanto que le era habitual.

—Cualquiera pudo coger mi libro de caja. Lo guardo en mi escritorio.

—¿Quién…?

—No lo sé. En la casa de baños trabajan unas cincuenta personas. El señor Khong no hubiera sospechado de ninguna, de haberla recibido en

su despacho.

—¿Quién tenía acceso a él?

—Cualquiera que tuviera necesidad de hablarle.

—¿Y a tan altas horas de la noche?

—Lo ignoro. Pero, ¿por qué lo han matado?

—Estoy detrás de algo muy importante, y justo en cuanto visité al señor Khong los agentes chinos me han identificado. Regresé a la casa de baños para hacerle unas preguntas, sobre semejante coincidencia, pero ya estaba muerto. Eso me indica que él no era el traidor, como llegué a sospechar, sino alguno de sus empleados. Y el traidor le mató para impedirle investigar porque temía que el señor Khong pudiera identificarlo. Es simple, ¿no? Antes le dije que en este negocio no hay piedad para el enemigo. Una vida humana vale menos que un cigarrillo.

La vi temblar. Se mordió el labio inferior y abandonó el sofá para correr a la puerta. Antes de que pudiera evitarlo la había abierto y miraba al exterior, al vestíbulo silencioso. Me reuní con ella y eché una ojeada por encima de su cabeza. No había nadie allí.

Sara Buri sollozaba quedamente, no por el señor Khong sino por ella misma, acuciada por el miedo. La sujeté de los hombros y la hice entrar. Con el pie empujé la puerta hasta encajarla.

—Cálmate —era como una niña aterrorizada por la oscuridad y, como a tal, la tuteé—. Vamos, no temas.

—Ahora vendrán a por mí.

—No digas tonterías.

Quise apartarme de su candente proximidad, pero ella no me lo permitió.

—¡No te vayas, por favor!

—Pero…

—Tengo miedo, Frank. No me dejes sola, te lo ruego.

Se abrazó a mí. Era mucho más de lo que mi continencia podía soportar. Temblaba y buscaba en mí la tranquilidad y la seguridad personal. Yo podía dársela. No importaba nada en aquel instante, ni siquiera el bien intencionado consejo de Sam Ivory en Washington. Sara Buri había arrojado por la ventana treinta siglos de tradición thailandesa y había olvidado los tabús levantados entre el hombre y la mujer en Siam. Cierto que le impulsaba el miedo, pero en aquel instante sólo yo podía devolver la tranquilidad a su espíritu.

Acurrucada contra mi pecho repetía quedamente su petición.

Capítulo VI

SARA Buri se había dormido por fin, libre de temores. Había sido un sacrificio demasiado grande arrancarme de su lado y abandonar sigilosamente su apartamento, pero ya había perdido demasiado tiempo. En unas pocas horas había dejado dos cadáveres a mi paso y podían ser más, si no encontraba pronto lo que Sung Noen había querido entregarme.

Bangkok empezaba a despertar, pero mucho antes habían abierto los ojos al nuevo día los monjes budistas que con la cabeza rapada, envueltos en sus túnicas color naranja y llevando en las manos los cuencos con la ofrendas, recorrían las calles de la ciudad recibiendo de los fíeles los alimentos necesarios para la jornada. Caminaban en silencio, casi ingrávidos. Pertenecían a un mundo distinto al caos del tráfico de la ruidosa capital. Por eso se les veía sólo muy temprano, cuando el sol rayaba en el horizonte, antes de que los miles de automóviles se pusieran en movimiento turbando con el ruido de sus motores el espíritu contemplativo de quienes habían abandonado los afanes del mundo para concentrarse en la meditación sobre Buda y su doctrina.

Uno de aquellos monjes era mi enlace. Washington no deja nunca nada al azar. Confiaban en mí y yo era un primera serie dentro del Departamento, pero el mejor agente puede estar en apuros alguna vez en su vida, y Washington lo prevé estableciendo un sistema de enlaces y controles a fin de apoyar en lo posible la acción de sus enviados especiales.

En una oficina con aire acondicionado y aséptica cien por cien, a nueve mil millas de Bangkok, la ciudad de los ángeles en idioma thaí, alguien había proyectado mi operación: llegada a Bangkok, entrevista con el señor Khong, contacto con Sung Noen para recibir su precioso hallazgo», y retirada rápida. Algún funcionario como Sam Ivory había previsto la posibilidad de que algo pudiera ponerme en peligro. Ante esa eventualidad, el Departamento no podía permanecer cruzado de brazos, dejando que yo perdiera la valiosa información de Sung Noen. Regla primera, salvar el «objeto». A ello tendía mi contacto con el monje.

Sólo que Sung Noen había muerto antes de que pudiera confiarme nada. Y no había «objeto» que enviar a Washington por la vía más rápida y segura, mientras yo me dejaba ver a fin de distraer a mis

enemigos.

Los planes estratégicos proyectados sobre un escritorio suelen tener el triste destino de no verse jamás cumplidos.

Había llegado a las inmediaciones del río Menang, cerca de la escalinata del templo de Wat Arun. El sol hacía brillar sus cúpulas doradas y arrancaba reflejos iridiscentes en las terrazas de porcelana mientras la brisa matinal agitaba las campanillas que colgaban de los aleros.

Miré mi reloj de pulsera. La compañía de Sara Buri no me había hecho olvidar la hora de la cita. Faltaban cinco minutos y aún tenía que hacer algo.

Con paso rápido llegué hasta los muelles y desde lejos divisé el hacinamiento de los sampanes en ambas orillas, en los que vivían millares de thailandeses. Había en los muelles carritos con escudillas de alimentos, generalmente arroz, para el consumo de los obreros portuarios. Compré una escudilla de arroz, hice añadir media docena de camarones y el anciano vendedor lo coronó todo con un nenúfar, mirándome extrañado de que un occidental como yo fuera capaz de apreciar aquellos alimentos.

Volví sobre, mis pasos y subí los quince escalones del templo de Wat Arun con la escudilla en la mano. A mi izquierda se alzaba la gran torre blanca en cuyo nicho central se veía, a caballo, la estatua de la diosa luna.

Era la hora. Situado bajo la estatua, giré en redondo como si contemplara tanta belleza. Del interior del templo salió un monje con su característica túnica naranja, rapada la cabeza y descalzos los pies. Lo vi acercarse a mí con el rabillo del ojo. Caminaba quizá con paso más rápido de lo normal, pero salvo eso no se diferenciaba en nada de sus compañeros.

Cuando estuvo ante mí me miró expectante y preguntó en inglés:

—*¿Cómo un occidental conoce nuestras costumbres?*

Era la clave. Me incliné profundamente, en señal de respeto y ofrecí mi escudilla.

—*Admiro vuestra virtud*. —El contacto estaba hecho. Ahora debía informar rápidamente—. Sung Noen ha muerto y el señor Khong también. No he conseguido nada, voy a investigar.

Me enderecé y vertí el arroz, los camarones y el nenúfar en el cuenco que el monje llevaba para las limosnas alimenticias. Habló sin mover los labios.

—Es peligroso.

—Lo sé. Hay un traidor en la organización. Debo descubrirlo y averiguar qué había encontrado Sung Noen para promover tanto alboroto.

—Vaya con cuidado. Y no deje de informar a diario. Ya conoce el procedimiento y los lugares de las citas para cada día. No altere el orden. Si se encuentra en peligro grave, dé la alarma.

—No creo que sea prudente. Me conocen. Anoche me persiguieron, pero me libré de ellos y cambié de vía.

Los ojillos del monje se animaron.

—¿Les siguió hasta su base?

—Hum… —asentí—. Conseguiré más datos. Y no empleen a la red local: probablemente todos los miembros están controlados y vigilados.

Junté ambas manos a la altura del pecho y me incliné profundamente. Cuando levanté la cabeza, el monje ya había desaparecido.

Arrojé la escudilla vacía en un cubo de basura en la misma orilla del río. Por unas escaleras bajé hasta casi, rozar el agua e hice señas a un remero que en su sampán, aguardaba pacientemente la llegada de algún cliente para cruzar el Menang. Al verme se animó y movió diestramente el largo remo sobre la horquilla, de pie como estaba, sin que la ligera embarcación cabecease lo más mínimo.

Me sonrió al sentarme en el barco.

—¿Cruzar el río, señor? —preguntó en un inglés trabajoso.

Asentí y le enseñé unas monedas. Aquello le animó y apoyando fuertemente sus pies, abiertas en compás sus musculosas piernas, impulsó velozmente el sampán hacia la corriente del río.

No trató de cruzar perpendicularmente al torrente caudaloso, sino que permitió que la corriente le llevase, usando el remo a modo de timón. En unos minutos me encontré en la orilla izquierda, entre una miríada de sampanes que servían de vivienda a la población más humilde de Bangkok.

Fue fácil encontrar el domicilio de Sung Noen. Era una casa de madera sobre pivotes clavados en el lecho de uno de los innumerables canales que afluyen al Menang. Los habitantes del barrio ya se encontraban en plena actividad, y los chiquillos, a centenares, correteaban desnudos por las orillas del canal o por las verandas de las casas, para chapotear acto seguido en las siempre agitadas aguas. Los siameses están tan acostumbrados al agua que los niños aprender a nadar antes que a caminar sobre sus débiles piernas.

Una mujer de magra figura y arrugado rostro que llevaba sobre la cabeza un cesto con frutas, me indicó la casa exacta de Sung Noen. Cuando estuve más cerca me detuve al contemplar el policía de centinela en los escalones de acceso a la rústica vivienda.

Vacilé un instante. Necesitaba registrar la casa. Mí esperanza no era tanta que confiase en hallar algo valioso para Washington, pero sí podía ayudarme a rehacer las últimas actividades de nuestro agente.

Respiré aire con fuerza y lancé una imaginaria moneda al aire. Era cosa sabida que buena parte de la policía de Bangkok es fácilmente sobornable. La moneda podía caer del lado por el que no había apostado, y el agente podía ser honrado, en cuyo caso media hora después estaría de nuevo ante el capitán Chainat para placer suyo.

Saqué dos billetes de cincuenta bahts y los miré al detenerme ante el centinela, como si esperase leer en ellos la respuesta a alguna de mis preguntas.

—Soy periodista americano —empecé—. Y los periodistas siempre buscamos noticias y detalles sobre las muertes violentas… Nos gusta conocer qué hay detrás de una puerta cerrada…

El policía pareció no haberme entendido, pese a que yo sabía muy bien que debía comprender el inglés. Sus ojillos astutos me examinaron, preguntándose si sería una trampa para comprometerlo. Pero le sonreí cándidamente o cien bahts era más dinero del que podía ganarse tan fácilmente y los hizo desaparecer con destreza.

—¿Es realmente periodista?

Le mostré mi falso carnet. Ni un experto hubiera notado su falsedad. Mucho menos un policía ignorante como él.

—Sólo cinco minutos —prometí—. Con cinco minutos me conformo. No me llevaré nada. El capitán Chainat no sabrá jamás que yo estuve ahí.

—Yo estaré presente y cuidaré que así sea.

Subió a la veranda, abrió la puerta y me dejó pasar.

No había más que una habitación, espaciosa, pero revuelta. Un jergón en un extremo presentaba todavía la huella de un cuerpo humano, con las ropas revueltas.

En el extremo opuesto un pequeño hornillo con utensilios de cocina sucios y algunos alimentos en la alacena. Muebles viejos, destartalados, y por doquier un aire de pobreza y abandono. Quien sueñe con el deslumbrante mundo de los espías podía ver aquel cubículo desordenado e infinitamente triste para curar sus fantasías. Cierto que Sung Noen estaba acabado.

No perdí el tiempo. Busqué en el único lugar donde podía haber hallado algo, en un armario-librería donde había unos viejos libros y un montón de periódicos y revistas. El tiempo era mi peor enemigo. El tiempo y la necesidad de terminar antes de que el policía decidiera haberme dado lo suficiente por mis cien bahts.

En los cajones facturas, papeles, algo de ropa blanca, una linterna, unas fotos… Las examiné rápidamente. Eran viejas copias, amarillentas por el tiempo; en las que se veía a Sung Noen en compañía de una delicada muchacha, cuando él era joven. Retazos de su vida sin duda más feliz que la que nuestro agente había conocido recientemente.

En el segundo de los cajones, entre unas sábanas, encontré algo duro al tacto. Palpando, identifiqué los dos contornos del cargador de una pistola. Me puse de forma que el policía no pudiera ver mis manipulaciones y dejé al descubierto el peine repleto de balas. Pertenecía a una «Parabellum» de modelo anticuado, demasiado grande para poder usarla a diario. Un arma así, excesivamente potente, sólo podía ser útil en la guerra o en acción de comando, nunca para llevarla en el bolsillo de la chaqueta. Extraño capricho el de Sung Noen. Un cargador sin pistola era lo mismo que disponer de muchos bidones de gasolina y carecer de coche. Nuestro agente iba armado cuando encontré su cadáver en los lavabos de la sala de baile, y tampoco parecía que la pistola pudiera estar en aquella habitación.

Lo dejé donde estaba, advirtiendo las señales de óxido en el acero. Un recuerdo sentimental de la guerra, sin duda.

El policía se acercó a mi espalda.

—El tiempo ha pasado —advirtió.

—Sólo un minuto más, por favor.

Miré el último cajón. Había un estuche de madera forrada con tela azul. Lo abrí. Había dentro un lecho de terciopelo para un reloj de bolsillo fabricado en Suiza a principios del siglo. El terciopelo estaba envejecido y deslucido, salvo en el hueco donde había hallado acomodo el viejo reloj. Le di vueltas al estuche. Vacío no valía para nada. Pero algo me decía que hasta poco tiempo atrás había conservado aún la sólida y precisa maquinaria para medir el tiempo. Una reliquia que Sung Noen había recibido sin duda de sus familiares y que él había conservado durante años, hasta que…

Recordé el volante de la casa de empeños que todavía estaba en mi libreta de notas.

—¿Le ha servido de algo su examen, señor Robinson? —me preguntó el policía.

—No; esperaba encontrar cartas o algo que me revelara la intimidad de este hombre, pero no hay nada…

—El capitán Chainat se llevó todas esas cosas.

Silbé.

—Debió habérmelo dicho antes —protesté.

—Usted no me lo preguntó —el agente permanecía serio, pero en sus ojillos había una chispa de burla pensando en los cien *bahts* que me había sacado por nada.

—Es cierto —asentí—. ¿También el reloj?

Mi interlocutor movió la cabeza.

—No había nada en el estuche. Ni un *satang*[2] de valor en toda la choza.

Dejé todo como estaba y me sacudí las manos. No había nada más

que ver allí.

—Ha sido muy amable. Lamento haberle hecho perder su tiempo.

Fui hasta la puerta. Clavado tras ella un calendario anunciando *scooters*. Una hoja para cada mes, y una chica —rubia, morena o pelirroja—, cabalgando en cada *scooter*. El atuendo de todas ellas inferior a un pañuelo de bolsillo. Extraño equipo para viajar a la intemperie, incluso en los trópicos.

Miré la primera foto. Una rubia posando para entusiasmo de las guarniciones destacadas en lejanas tierras. A los pies de la misma un número de teléfono que no olvidaría.

Salí a la veranda, me despedí del agente, y bajé las escalerillas. Los chiquillos continuaban salpicándose agua en la orilla, entre risas guturales y despreocupadas, bien ajenas a la lucha que yo sostenía contra enemigos implacables, desasistido de mis compañeros.

Di la vuelta a la primera casa, desapareciendo de la vista del policía y casi choqué contra el hombre.

Una bocanada de humo me golpeó físicamente en el rostro. Era un tipo alto, de cara ancha, fornido y blanco. Lucía un bien cortado traje de seda color crema y se cubría el rubio cabello con un sombrero de corta ala, adornado con una cinta plateada.

Tenía entre los dientes una pipa en la que ardía un buen tabaco inglés.

—¿Periodista, señor Robinson?

Miré a mí alrededor, haciéndome cargo de la situación, pero estaba solo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Subí hasta la veranda y escuché lo que usted y el policía hablaban. Oh, perdóneme, soy Kurt Raitt, del *Munich Zeitung*.

Me escrutaba con excesiva fijeza para que fuera sólo un periodista.

—No creo que necesite presentarme: ya sabe cuál es mi nombre. Y… soy periodista, efectivamente.

—Jamás le había visto por Bangkok.

—Llegué ayer tarde.

—Hum. ¿Ya de servicio?

—No he venido para descansar.

Volvió a fumar y a lanzarme al rostro una nueva bocanada de humo.

«Si lo repite, lo mato», pensé.

—Es curioso. A las pocas horas de llegar ya conoce a Sung Noen y visita su domicilio. ¿Es para usted noticia que un miserable portero de sala de baile se desnuque al caer en los lavabos…? ¿O sabe algo más sobre su muerte…?

En los medios oficiales no podía ser un secreto el hecho de que yo

había sido interrogado por el capitán Chainat en relación con aquella muerte; mucho menos, entre los miembros de la organización china que lo había matado.

—Fui yo quien encontró su cadáver en la «Luna plateada». Y ahora que he respondido a sus cuestiones, ¿qué tal si lo hiciera usted?

—No es preciso —dio una chupada a su pipa y llenó de humo sus pulmones. Antes de soltarlo me miró. En mis ojos debió encontrar una muda advertencia y ladeó el rostro lanzando en otra dirección el humo —. Voy a explicárselo todo. Yo también venía a registrar la casa de Sung Noen. Con permiso del capitán Chainat —especificó, mostrándome un volante con membrete de la policía—. Me sorprendió ver que alguien se me había adelantado y… quise saber lo que estaba ocurriendo. El capitán aseguró que yo sería el único periodista que tendría acceso a la casa… ¿Con qué cantidad ha sobornado al centinela?

—No creo haber dicho nada al respecto.

El otro rió, abandonando su aire rígido, inquisitivo, *y* pasó su mano por mi brazo.

—Tomaremos una copa; debemos celebrar este encuentro. Espero seamos buenos compañeros

—Gracias. Otra vez será. Tengo prisa.

Le dejé con la palabra en la boca y un interrogante en sus cejas arqueadas.

Caminé con paso vivo hasta el teléfono público más próximo, después de cerciorarme de que nadie me seguía, ni siquiera Kurt Raitt.

Marqué el número escrito en el estimulante calendario de Sung Noen. El timbre llamó cuatro veces al otro lado de la línea antes de que una amable voz femenina, en inglés muy impersonal, como sólo puede hablarlo quien lo haya aprendido en una academia, saludó:

—Buenos días. Habla con el Club Internacional de Prensa.

Dudé un segundo. No esperaba aquello. Despacio, sin pronunciar una sola palabra, devolví el auricular a la horquilla.

Capítulo VII

LE vi salir de su casa de una sola planta, detenerse un momento a la puerta, como si se cerciorara de que un nuevo día había nacido tan normalmente como los anteriores y se sorprendiera de que el globo no hubiera saltado en pedazos, y se dirigió a su garaje, adosado a la casa.

Retrocedí, empujé la puerta y me deslicé dentro de su coche, en el asiento trasero.

Cinco segundos después, él abrió la puerta del garaje de par en par, eructó sosteniéndose el estómago, y se dejó caer tras el volante.

No me vio porque me oculté tras su asiento. Cuando abandonamos su residencia, me incorporé y ocupé el ángulo del asiento, para impedir que una ocasional observador pudiera verme por el cristal trasero o por los laterales.

—Debe cuidar su estómago, mayor Fox —saludé con voz suave.

El propietario del coche volvió la cabeza bruscamente, lo que dio origen a un peligroso bandazo del vehículo. Frenó acto seguido con chirridos de neumáticos, lo que «empeoró la situación.

—Tranquilícese, mayor. Soy amigo suyo.

Vernon Fox consiguió estabilizar el vehículo y se dirigió al bordillo de la carretera, pero se lo impedí:

—Continúe, mayor. Tenemos que hablar… y no quiero testigos.

Obedeció, sin abandonar su aire alarmado. Había oído muchas historias acerca de raptos de oficiales americanos en ultramar, y sus reflejos matinales no eran muy equilibrados.

—¿Quién es usted…?

—Frank Robinson. De Washington.

—Eso no me dice nada.

Estaba recobrando el dominio de sí mismo a cada segundo que pasaba.

—Quizá le diga esto algo más: hace cinco días envió usted algo a Washington, a un Departamento cuyo nombre conocemos usted y yo muy bien. Se lo entregó un thailandés llamado Sung Noen. Yo llegué ayer tarde a Bangkok, busqué a Sung Noen, hice contacto con él, pero le mataron antes de que pudiera ampliarme detalles.

Las manos de Fox apretaron con más fuerza el volante al escuchar la rápida historia.

—Entiendo —admitió—. ¿Por qué esta truculencia de esconderse en mi auto? Pudo haber llamado a la puerta de mi casa y hubiéramos desayunado juntos

—Me gusta la seguridad. En su casa, tiene que haber micrófonos por todas partes.

—¿Y no ha corrido riesgos al entrar en mi coche?

—Nadie me vio. Ahora no me siguen. Pero usted tiene criados, y en Asia cualquier nativo es un *viet* en potencia, a poco que Pekín lo desee.

Encendí un cigarrillo y observé a Vernon Fox. Repasé mentalmente su historial, aprendido en el Departamento, en Washington. Mayor Vernon Fox, 42 años, natural de Nebraska, oficial de información de la base americana en el delta del Menang. Piloto en Corea, donde había obtenido varias citaciones en el orden del día por su heroísmo. A cambio había entregado parte de su salud síquica. Eso le había retirado del servicio en el aire para dejarlo tras un escritorio, en un despacho en la Base, donde atendía a las relaciones públicas y cuidaba de la organización de exposiciones, festivales y actos sociales para estrechar los lazos entre las fuerzas americanas y la población civil de Thailandia.

—¿Qué desea de mí? —preguntó, enfilando la carretera que le llevaría a la Base.

—Información.

—Temo no poder ayudarle.

—Déjeme que lo juzgue yo mismo —pedí—. Empezaremos por el principio. Sung Noen le entregó a usted algo, ¿no?

El mayor Fox asintió y volvió su rapada cabeza mostrando un perfil correcto, de niño grande.

—Un estuche con fósforos que le había encardado. Dentro había una nota que trasladé a Washington. Recuerdo su contenido: «Soy agente al servicio de Occidente. Poseo una información de alta gravedad que no me atrevo a pasar por los cauces normales. Traslade este mensaje a Washington. Es muy urgente. Necesito contacto con un correo especial».

—Conozco el mensaje, sí —asentí—. Pero, ¿por qué Sung Noen se lo dio a usted?

—Me conocía.

—¿Tenían amistad ustedes dos?

—No; pero él sabía quién soy yo. Muchas personas en Bangkok me conocen Me encargo de las relaciones públicas, ya sabe.

—Antes ha dicho que le pidió a Sung Noen un estuche de fósforos.

—En el Club Internacional de Prensa, a la hora del aperitivo, el mismo día que remití esa nota a Washington, Sung Noen trabajaba allí, como camarero.

Algunas piezas empezaban a encajar.

—¿Por qué confió él en usted?

—Supongo que por mi uniforme o por mi cargo. Quizá pensó que ser oficial de información suponía pertenecer de alguna forma al servicio secreto. ¿Dice que lo han matado? Pobre hombre.

—Anoche, casi ante mis ojos. Lo desnucaron de un golpe de karate. Su temor a no usar la red local para trasladar su hallazgo, se vio desdichadamente corroborado con su muerte. ¿Habló él algo acerca del origen de su información?

—No cambié con él una sola palabra al respecto.

—Es muy importante para mí obtener algún detalle, por nimio que parezca. ¿Qué relaciones tenía? ¿Dónde pudo lograr algo tan importante que justifique dos asesinatos?

Vernon Fox me miró por el retrovisor.

—¿Ha muerto alguien más?

—El jefe de la red local, el hombre al que Sung Noen se atrevió a dar su información.

El mayor Fox lanzó un hondo suspiro.

—No le envidio, Robinson. Tiene la muerte a su espalda y carece de toda información. Yo, en su lugar, tomaría el primer avión para Washington.

—Aún no he terminado.

—¿Piensa realmente que va a sacarles a los orientales algún tipo de información? Si han matado a su hombre no tiene usted nada que hacer aquí. Jamás logrará saber quién lo hizo ni qué averiguó él. ¿Dónde lo dejó?

* * *

La tienda de empeños de Nonthaburi estaba a diez pasos de mí, con su farol de cristal verde, en aquellos momentos apagado, colgando sobre la puerta. Tras el cristal del escaparate se veía un mundo de objetos de las más diversas ciases y tamaños, alineados en estanterías o colgados de las paredes, todos con sus etiquetas.

Había echado una ojeada a su interior momentos antes al pasar ante la puerta, y ahora volvía sobre mis pasos, después de aquella elemental medida de seguridad.

Continuaba sin ser seguido… o bien esta vez eran mucho más hábiles que la noche anterior. Estaba cerca de la sala de baile «Luna Plateada», de donde había salido la noche anterior Sung Noen, si mis deducciones eran ciertas, para recuperar un objeto en el que había guardado algo de sumo valor para mí… y para Pekín. Su propia vida había sido el precio, minutos después. Y yo quería saber la respuesta a un montón de preguntas. Nonthaburi iba a dármelas a poco que yo pudiese.

Al empujar la puerta sonó un dulce campanilleo. La calle quedó fuera

con su ruidosa agitación. Dentro estaba el Oriente sereno y misterioso. Hasta el olor de los objetos allí almacenados sugería todo lo que Asia oculta a los ojos occidentales. Había máscaras y amuletos, tallas de marfil y espadas de samurai, estatuas de bronce representando míticos *yeaks*[3] y figurillas de jade, bastones con empuñadura de madreperla y pebeteros que un día habían perfumado las capillas. Era una exposición prodigiosa del arte y la artesanía oriental.

—¿Le gusta algo en particular, señor?

No había oído llegar al thailandés de rostro arrugado y ojillos astutos bajo unos párpados soñolientos que acababa de surgir de detrás de una cortina. Con ambas manos ocultas en las amplias mangas de su túnica y la espalda ligeramente doblada, ofrecía la viva estampa del oriental falsamente sumiso.

—Muchas cosas. Hay objetos bellísimos, pero no he venido a comprar —respondí en inglés, al ver que él me había hablado en ese idioma—. Necesito información. Y voy a pagarla.

Nonthaburi no se movió.

Le mostré el ticket hallado en uno de los bolsillos de Sung Noen, en el que se leía su nombre en caracteres thaí, y un número de orden.

—Deseo saber qué objeto fue marcado con esta etiqueta.

Nonthaburi siguió sin moverse, como si se hubiera dormido de pie.

Le enseñé un billete de cien *bahts*, que dejé sobre el mostrador, sin que aquello pareciera llamarle la atención.

—¿Por qué le interesa?

Añadí un nuevo billete al primero. En los ojillos del viejo hubo una levísima contracción que disimuló inmediatamente.

—He oído hablar mucho de la exquisita cortesía thaí para con los clientes. Y yo soy un buen cliente, Nonthaburi…

El propietario de la tienda cogió el ticket que yo le mostraba y yo observé un segundo.

—Tendré que mirar en mi libro-registro. Si me disculpa unos instantes…

Asentí. Como si flotara, Nonthaburi desapareció tras la cortina, sin mover apenas el cuerpo, con una majestuosa e hierática elegancia.

Pasaron dos minutos. Ni un solo sonido llegó hasta mí. Parecía como si me encontrara dentro de una campana de grueso cristal que me aislara del mundo, o en el epicentro de un inminente huracán en ese momento justo en el que éste va a caer sobre una comarca, arrasándola.

La sospecha casi me empujó físicamente tras la cortina. Recorrí un pasillo y llegué a la puerta de una pequeña habitación, que era dormitorio y oficina a un tiempo. Nonthaburi estaba junto a la pared del fondo, de espaldas, hablando por un anticuado teléfono con susurros cortos y tensos en thaí. Traduje mentalmente lo que decía:

—Sí; lo tengo aquí… No sé cómo ha averiguado que Sung Noen estuvo aquí… Comprendo… Lo distraeré y…

Las suelas de goma de mis zapatos ahogaron todo ruido al acercarme al thailandés. De un tirón arranqué el cordón del auricular, cortando la comunicación, y se lo enrollé al cuello prietamente. Pero Nonthaburi sabía judo y quiso emplear alguna de sus llaves para vencerme. Estaba, sin embargo, en inferioridad de condiciones, casi estrangulado con el cordón del teléfono y, a cambio, yo estaba furioso, tenía prisa, y sabía que mi vida dependía de la rapidez con la que actuase.

Con la izquierda sujeté el cordón sin darle respiro y coa la derecha torcí su brazo a la espalda hasta casi rompérselo. Al mismo tiempo clavé el tacón de mi zapato en su pie derecho con toda la violencia de que fui capaz: Nonthaburi gimió y dejó de resistirse. Tardaría semanas en olvidar el dolor de su empeine… si yo no le estrangulaba antes.

—Has perdido doscientos *bahts*… y responderás a las preguntas igualmente.

El viejo había dejado de ofrecer resistencia. Por encima de su hombro vi su rostro, que empezaba a amoratarse, y solté algo el cordón de su garganta. Con ansiosas bocanadas respiró el cargado aire de la estancia.

Le sacudí.

—¿Estuvo Sung Noen anoche aquí?

El viejo asintió.

—¿Qué vino a recoger?

—Un viejo reloj de plata que había empeñado cinco días antes.

—Sung Noen ha muerto, ya lo sabes, ¿no?

Nonthaburi asintió.

—¿Quién lo ha matado?

El propietario de la tienda se removió y yo forcé la presa, haciéndole gemir de nuevo.

—Resbaló y se golpeó en la cabeza… Fue un accidente.

—¡Tú sabes que eso no es cierto!

—La policía ha dicho…

—Olvida a la policía, Nonthaburi. Sabes muy bien quién soy. Tus amigos chinos lo saben y deben habértelo dicho. Y en último extremo, eres lo suficientemente inteligente para adivinarlo. Eso te dirá que no voy con contemplaciones. Puedo matarte aquí, ahora mismo, y dentro de un minuto te habré olvidado. ¡Suelta la lengua o…!

—No lo sé.

—Pero avisaste a alguien. Lo mismo que ahora. ¿Qué número has marcado, Nonthaburi?

—El de la «Luna plateada».

—¿La sala de baile?

—Sí.

—¿Por quién preguntas? —por primera vez avanzaba rápidamente en la investigación.

—Llamo la primera vez y dejo que suene un timbrazo; en la segunda, aguardo hasta oír dos llamadas; y, por fin, en la tercera me cogen el teléfono. La persona que lo hace jamás se identifica. Debo hacerlo yo.

—Ayer noche les avisaste cuando vino Sung Noen a recoger el reloj, ¿no es cierto?

—Si.

—¿Qué contenía el reloj?

—No sé qué quiere decir… Ignoro si dentro había algo de valor.

—Por él murió Sung Noen. ¿Qué opinas, Nonthaburi?

No respondió, evidentemente confuso.

Lo que no entiendo es por qué aguardaron ellos a que Sung Noen lo rescatara, si podían haberlo obtenido directamente de ti, puesto que trabajabas para ellos.

El viejo explicó:

—Ese reloj fue empeñado por Sung Noen, ni ellos sabían que estaba aquí. Un chino vino a verme y prometió pagarme bien toda la información que pudiera darle acerca de Sung Noen. Debía decirles lo que hacía, quiénes eran sus amistades e, incluso, con quién hablaba en la calle. Yo tengo muchos amigos en el barrio y personas que me deben favores, y a todos les pedí que me dieran datos acerca de ese hombre… Yo los recopilaba y luego los transmitía al hombre que me pagaba. Por eso, cuando anoche vino Sung Noen a por un reloj que él no había empeñado, me apresuré a informar de ello… No sé más.

Todo era muy complicado y retorcido, como cualquier asunto de espionaje, especialmente en Oriente, pero empezaba a encajar. Los chinos sospechaban que Sung Noen poseía algo de mucho valor y tejieron en torno a él una red de observadores para conocer exactamente sus movimientos y sus posibles contactos. Pero Sung Noen, aunque viejo y acabado, aún conservaba algo de su inteligencia primitiva, y así había escondido su información en la tapa, de un antiguo reloj familiar que no quiso conservar en su poder para evitar que cayera en manos enemigas si te asaltaban. Ideó empeñarlo porque frecuentemente el escondite más sencillo es el más seguro. Pero como intuía que estaba vigilado, no lo llevó él mismo a la tienda de empeños, sino que lo empeñó a través de otra persona. Mucho tenía que confiar en ella para darle un encargo de tal naturaleza.

—¿Quién trajo el reloj?

—Una muchacha… No la conozco.

—¿Cómo es?

—Hay millones como ella en Thailandia. Morena, de baja estatura, oriental, con un vestido de seda amarillo y un broche en forma de sol en el escote, con un topacio.

Si la encontraba sabría mucho más acerca de Sung Noen. Estaba satisfecho. Ahora debía marcharme antes de que recibiera una visita desagradable.

La campanilla de la puerta tintineó. La oscura sensación de peligro se hizo tan fuerte que me estremecí.

Estaba atrapado.

Solté el brazo derecho de Nonthaburi y con el filo de la mano le golpeé en el cuello. El viejo traficante se dobló de rodillas, sin un gemido. Tardaría mucho rato en poder constituir un peligro para mí.

Pero mi situación seguía siendo igualmente grave. Salvo el sonido de la campanilla no había vuelto a escuchar ningún otro rumor amenazador, pero estaba convencida *de* que la muerte me aguardaba en la tienda.

Y no tenía otra salida que aquella.

Saqué la pistola de mi funda sobaquera, metí una bala en la recámara y avancé por el corto pasillo, sin hacer ruido. Conforme me aproximaba a la cortina ceñía más estrechamente el índice en torno al gatillo. No podía fallar. No debía vacilar, si quería respirar de nuevo el aire de la calle.

Me detuve ante la cortina y con la mano izquierda la levanté despacio, lo suficiente para ver la tienda.

Allí estaba.

Agazapado sobre sí mismo, examinando detrás de las mesitas o los jarrones, buscándome por si yo me había escondido.

Era uno de los chinos que la noche anterior había burlado en la casa de baños del señor Khong. Empuñaba una pistola y no cabía la menor duda acerca de sus intenciones.

Levanté mi arma y le apunté.

De pronto la pistola saltó de mi mano y un dolor vivísimo paralizó mi brazo derecho. No pude contener un grito a la par que me sujetaba la muñeca magullada. Había sido un estúpido. Después de tantos años de oficio había caído en una trampa de principiante. Cegado por el señuelo del chino, había olvidado la posibilidad de que su compañero estuviese a un lado de la cortina, esperándome. Y él me había golpeado con el filo de su mano, en un seco golpe de karate que casi había partido mis huesos.

Antes de que pudiera recuperar la pistola, me sentí asido por ambas solapas y atraído hacia el que me había sorprendido. Era un chino pequeño y ágil como un gato. Y maligno como una hiena.

Se dejó caer de espaldas, sin soltar mis solapas, y metió sus pies bajo

mi vientre, permitiendo que su espalda fuera un balancín.

Di la vuelta de campana en el aire, crucé media tienda, y di con mis huesos en el suelo, justo a los pies del tipo de la pistola, antes de que yo hubiera podido imaginar lo que me estaba sucediendo.

—Por fin, le encontramos, señor Robinson —me dijo, sonriendo amablemente, sin abandonar su pistola. Sus ojillos se ocultaban tras unos lentes metálicos de aro redondo, que le conferían un aspecto de intelectual trasnochado. Por eso la pistola en sus manos era un objeto inesperado.

Movió sus pies. Los miré. Calzaba zapatos puntiagudos, de refuerzo metálico en el reborde de la suela. Adiviné lo que iba a seguir. Eso me salvó la vida.

Su pie derecho fue al encuentro de la base de mi nariz, en un golpe salvaje y mortal, pero su espinilla chocó en mis antebrazos. Gritó y maldijo en chino. Se había guardado la pistola porque deseaba matarme en silencio, sin provocar la alarma, pero ya había perdido la primera oportunidad.

No le di la segunda. Atrapé su tobillo fuertemente, sin miramientos, deseando sacar de este mundo a una fiera como aquella. Se lo retorcí. Volvió a gritar y a jurar. Cayó sin que yo soltase el tobillo. Con su otro pie trató de alcanzarme en la frente, pero esquivé el golpe, y seguí forzando una torsión inhumana. Me incorporé sobre el codo y de pronto dejé caer todo el peso de mi cuerpo sobre su extremidad.

Casi grité de alegría al oír el chasquido de los huesos. Una astilla ósea rasgó la piel y perforó la pernera del pantalón, provocando una hemorragia. Pero aún había otro enemigo que no podía haberse estado quieto en aquel intervalo.

Rodé por el suelo hacia una estantería. El de las gafas había perdido el conocimiento a causa del insufrible dolor, pero su compañero movía la pistola para centrarme en su punto de mira y disparar como si yo fuera el pichón recién salido de la jaula, en el campo de tiro.

A tientas busqué un objeto en la estantería. No podía perder el tiempo en búsquedas especiales, así que lancé lo primero que atrapé. Era una pesada estatua de bronce, una especie de diablo contrahecho y deforme.

No se estuvo quieto, porque le hubiera partido la cara, pero aunque esquivó el golpe, resbaló y cayó al suelo, perdiendo la pistola al rodar con una mesa, y todos los objetos que ésta contenía.

Se levantó de un salto para buscar la pistola, pero ésta se había deslizado bajo una de las estanterías, y no tenía tiempo de buscarla. Yo me senté, frotándome todavía la muñeca magullada, y luego me incorporé.

El chino miró a su alrededor, buscando un arma lo suficientemente

efectiva, y casi gritó de júbilo al ver una panoplia con sables de ken-jutsu, la terrible lucha a sable japonesa, una pesada hoja de acero de más de un metro, que debía ser empuñada por ambas manos para manejarla con efectividad.

La arrancó de La panoplia y con ella en alto cargó contra mí.

Le vi venir con la desazón del cazador desarmado enfrentado a un rinoceronte enloquecido, en alto el sable sujeto por ambas manos. Si me alcanzaba, de un solo tajo me abriría en canal, desde el cráneo al pubis.

Salté. La pesada hoja de acero hendió el aire junto a mi hombro derecho. ¡Shhhssss…! Vi la desilusión y La rabia en los pequeños ojillos del enviado de Pekín. El sable, en su previsto trayecto, alcanzó una mesa y la partió como el hacha del leñador. Yo estaba tan cerca del asesino, y tan desesperado, que me Lancé a un ataque con las manos desnudas.

Le alcancé en el cuello con el filo de mi mano derecha. Hubiera querido transformarla en una hoja de sable, pero aun así doté al golpe de la suficiente fuerza. El chino era rápido de reflejos, por lo que pudo esconder el cuello y protegérselo con el hombro. Mi golpe le alcanzó a pesar de eso en la base de la oreja y le hizo caer de lado, turbada la mente, en los linderos de la inconsciencia.

Rodó y con él el sable. Se detuvo junto al mostrador, sacudió la cabeza y empezó a incorporarse. Era duro el maldito. Y condenadamente fanático. A tientas alcanzó el sable. Parecía haberse vuelto loco. De sus labios brotaba una espumilla de rabia por la humillación recibida de manos de un diablo blanco. No iba a ser un enemigo fácil.

Yo continuaba desarmado. Busqué alguna de las pistolas, pero todas estaban demasiado alejadas de mi mano. La mía se hallaba tras la cortina y la del tipo del sable bajo una estantería. Para buscar ambas tenía que pasar por donde mi enemigo estaba rehaciéndose, y era de suponer que no iba a permitirme hacerme con ellas. El herido tenía una en su sobaquera, pero no me daría tiempo de llegar hasta él y sacarla de la funda antes de que su compañero volviera a la carga.

En la panoplia había otro sable de ken-jutsu. Lo vi de refilón cuando el chino empezó a moverse hacia mí para acorralarme en un rincón a fin de dificultar cualquier maniobra mía. No quería correr riesgos otra vez y se le veía decidido a llegar hasta el final.

Corrí a la panoplia y descolgué el sable. Nunca había usado un arma como aquella. Era pesada y poco manejable. En manos tan expertas como las del chino que tenía delante era algo terrible, y a mí me animaba sólo el firme propósito de no dejarme matar.

Agazapado, tensos los músculos, atenta la mirada, aguardé a pie firme el ataque del chino. Ya no se movía con tanta seguridad. Debía estar recordando la forma en cómo me había desembarazado de la trampa que ellos me habían tendido y, aunque profano en el feudal arte

del ken-jutsu, yo no por ello dejaba de ser menos peligroso.

Con un grito que pretendía atemorizarme, se lanzó contra mí haciendo increíbles molinetes con el sable. Retrocedí para tener suficiente espacio para maniobrar y paré sus golpes. Trataba de distraerme. No eran más fintas con las que intentaba desorientarme y fatigarme. En cualquier momento me partiría en dos, y unos días más tarde un soñoliento funcionario en Washington pondría una fecha en mi expediente personal: la de mi defunción en acto de servicio.

Debía acabar aquello de cualquier forma. El maldito estaba divirtiéndose a costa mía, viendo mis apuros para maniobrar con el pesado sable y mantenerme siempre alejado del filo de la muerte. Por eso, recurrí a la astucia.

Fingí resbalar y quedar en precaria situación, evidentemente desequilibrado a su izquierda. En judo, tretas como aquellas solían dar buen resultado, si el desequilibrio era sólo aparente para incitar al rival a cometer un error.

Él estaba demasiado imbuido de su superioridad para imaginar siquiera que yo pudiera ser más listo, y se precipitó.

Quiso darse el lujo de perder un par de segundos buscando una mejor posición para degollarme, aprovechando que yo estaba caído hacia adelante, ofreciéndole casi la nuca.

Impulsé el sable de través, con la izquierda, como una guadaña.

Yo mismo me sorprendí al ver la facilidad con la que se desprendía su cabeza. Horrorizado, retiré la vista. Tras el fragor de la brutal pelea, el silencio que siguió fue como un tónico.

Estaba bañado en sudor, despeinado y en desorden mi ropa. La tienda de antigüedades era un campo de batalla donde apenas nada había quedado intacto. Era imposible que nadie hubiera escuchado el fragor de la pelea, y si era así no tardaría en llegar la policía… o nuevos agentes de Pekín.

No me interesaba ninguna de ambas visitas. Con el pañuelo borré mis huellas de la empuñadura del sable y lo tiré a un lado. Incluso el capitán Chainat sería capaz de identificar en él mis huellas si no tomaba las debidas precauciones.

Por el escaparate vi que un *jeep* de la policía aparcaba cerca de él y saltaban varios agentes uniformados.

Corrí a la trastienda, crucé un almacén y encontré una puertecilla.

Treinta segundos más tarde corría por una calleja que no sabía adónde me llevaba.

Capítulo VIII

CUANDO penetré en la casa de baños del difunto señor Khong había conseguido borrar de mi persona las huellas de la pelea sostenida en la tienda de Nonthaburi, a bordo del taxi que me había llevado hasta allí. Pero me senté, demasiado maltrecho todavía y esperaba que un baño con masaje me dejaría como nuevo. Realmente lo necesitaba.

Mi primera mirada al entrar fue para el mostrador donde había visto por vez primera a Sara Buri, pero me sentí sorprendido al no encontrarla. No había nadie en el amplio vestíbulo y aguardé un instante. No llegué a pulsar la campanilla porque vi que la puerta que comunicaba con las dependencias privadas del señor Khong, a través de la cual había pasado la tarde anterior para entrevistarme con él, se abría despacio. Aguardé. Sara Buri no podía estar muy lejos de su lugar de trabajo y preparé mi mejor sonrisa.

La borré precipitadamente al reconocer a «Madame», la encargada de la casa de baños. El *sabai chieng* color coral de la tarde anterior lo había sustituido por otro, color blanco, en señal de duelo. Advertí que me reconocía.

—Una terrible desgracia ha ocurrido desde ayer, señor —dijo a modo de saludo, con leve inclinación de cabeza.

—Los periódicos informan del suceso, madame. ¿Ha averiguado algo la policía?

—Todavía, no, señor. Un crimen horrible. ¿Quién podría cometerlo? —Su tono era lastimero—. Pero aunque nos embargue el dolor, debemos seguir atendiendo a nuestros clientes por respeto hacia ellos.

—Gracias —deseaba ver a Sara Buri y la busqué con la mirada, pero no quería comprometerla preguntando por ella. Deseo un baño.

—Racha está ocupada —tenía buena memoria para el negocio—. Si no desea esperar, le enviaré otra empleada tan eficiente como ella.

Asentí. Sólo precisaba unas manos expertas y agua muy caliente para mi dolorido cuerpo.

Dentro de la bañera, un par de minutos después, me dejé mecer por una siamesa de ojos rientes que parecía muy divertida provocando a un occidental. Sus manos pequeñas, de uñas pulcramente esmaltadas, frotaban y acariciaban, enjabonando, conscientes del efecto que producían. Era difícil ignorarlas. Cerrados los ojos, quise hundirme en

un relax reparador, del que constantemente me sacaba la muchacha con sus manos obstinadas. El peligro mortal del que acababa de escapar me producía una exultante excitación, un deseo de vivir incontenible, que avivaba mi cuidadora con su experta solicitud. Sobre la mesa de masaje ella pulsó cada una de las fibras de mi cuerpo, sacándome, con suaves golpes y pellizcos el dolor de los golpes recibidos en la reciente pelea.

Cuando terminó, yo estaba exhausto, pero renovado. Parecía como si acabara de tomar una droga que me hubiera liberado de mi cuerpo y sus limitaciones. Me sentía fuera de él, ingrávido, en un estado de euforia y de somnolente placer nunca experimentado. Comprendí el éxito de las salas de baño siamesas.

Me volvió sobre la mesa de masaje y me cubrió hasta la barbilla con la sábana. Ella también estaba excitada. Por eso la cogí en mis brazos, violando todas las reglas del juego.

Antes de que se decidiera a protestar, la besé.

—Está prohibido… —protestó blandamente, lejos del tono burlón empleado por Racha la tarde anterior.

—Todo lo prohibido es más agradable.

Se acurrucó en mis brazos y nos besamos de nuevo. Era frágil…

—Están a punto de traer sus pantalones planchados…

La puerta se abrió sin llamar y no tuve tiempo de soltarla. Cuando lo hice, Sara Buri nos miraba colérica desde la entrada, encendidas las pupilas, crispados los labios. Colgando del brazo llevaba mis pantalones, con la raya más perfecta que habían tenido en su vida.

—¿Olvidó el reglamento, Phanom?

La muchacha bajó la frente, su rostro como la grana. Me sentí culpable de su desairada situación, pero si hablaba iba a comprometer a Sara Buri. Por suerte, Phanom corrió a la salida y huyó como una exhalación, pasando por entre Sara Buri y el marco de la puerta con la agilidad de un felino.

Me senté en la mesa.

—Yo te explicaré, Sara…

—No es necesario. Está todo demasiado claro.

Entró para dejar los pantalones sobre una silla y marcharse acto seguido, pero le cerré el paso y encajé la puerta en su marco con el pie.

No tomes represalias contra esa chica: sólo yo soy culpable.

—No me cabe la menor duda. Pero ella no debió permitírtelo. El reglamento…

—Toda mujer olvida alguna vez el reglamento.

En el acto sentí haberlo dicho, porque ello no iba a arreglar la situación. Había sido una alusión demasiado directa,

Me abofeteó con ferocidad y quiso llegar a la puerta.

—No me maltrates —pedí de la forma más insinuante que pude—.

Estoy aquí de milagro. Tuve que despachar a dos chinos en la tienda de Nonthaburi… y no fue fácil.

Dejó de insultarme, pero seguía teniendo rígida la espalda. La acaricié. Se dejó besar pasivamente. El hielo estaba fundiéndose.

—Vine en tu busca, pero no estabas abajo. Te necesitaba. Y sigo necesitándote. Eres la única persona en quien puedo confiar.

—Yo, en cambio, no puedo fiarme de ti.

Reí y la cubrí de besos hasta los hombros.

—¿Lo dices por Phanom? Ya la he olvidado.

Ella logró zafarse, brillantes las pupilas y puso precavidamente la mesa de masaje entre ella y yo.

—Estás demasiado alterado, Frank —protestó—. Vístete.

La obedecí tras un biombo. Cuando salí, ella había terminado de poner orden en la pequeña sala.

—¿Cuándo podré verte, Sara?'

—Esta noche, no.

—¿Por qué?

Es la ceremonia de la cremación del señor Khong.

La cogí de las manos.

—Te necesito.

—Ven a la ceremonia.

—No me gustan los entierros.

—En Thailandia los hacemos mucho más animados que en Occidente. Habrá un copioso banquete y bailarinas. Las fiestas más suntuosas de Thailandia son las cremaciones. Se celebrará en los jardines de la residencia del señor Khong.

Aquella invitación era una promesa.

Salimos juntos. Estaba abonando en caja el importe del baño, cuando apareció madame. Sara Buri se dirigió a ella:

—Madame Tha, el señor Robinson asistirá probablemente a la cremación, esta noche.

—Será bienvenido, señor Robinson. Hemos organizado una gran ceremonia, como se merecía el señor Khong.

A media manzana de la casa de baños noté que me seguían. Cuando llegué no había llevado a nadie tras mis talones. Una vez más se demostraba que alguien en la casa de baños estaba relacionado con Lushi Chao y sus compañeros de Pekín.

Quise quitármelo de encima, pero se trataba de un experto. Hice uso de todos los trucos del oficio: entré en unos grandes almacenes, deambulé por su interior unas veces despacio y otras tomando el ascensor en el último segundo; bajé a los sótanos, retorné a la terraza, y salí por una puesta distinta a la usada para entrar, pero cuando estuve

en la calle advertí que el chino me seguía como una sombra. En la calle, utilicé un taxi, luego un autobús del servicio público, y descendí de él en marcha. Crucé un paso de peatones por el lugar correcto, y justo cuando cambiaron las luces, arriesgando el pellejo volví a cruzar la calzada, sorteando lo vehículos, pero el chino seguía imperturbable a la misma distancia que al principio.

Jamás había visto un caso de obstinación semejante. Debía utilizar medios heroicos.

Encontré un mercado, bullicioso como todos los mercados, y le preparé la trampa. Tuvo que acercarse al máximo para no perderme entre aquella multitud, y cuando estuvimos rodeados por una compacta masa de mujeres haciendo la compra del día, grité:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

El grito de alarma, en thaí, conmocionó a las buenas «más de casa que apretaron recelosamente sus monederos. Yo señalé hacia el chino, sin dejar de gritar:

—¡Deténganlo! ¡Me ha quitado la cartera! ¡Es un ladrón!

El tumulto fue impresionante en los dos minutos siguientes. El chino estaba pálido por la jugarreta que acababa de gastarle, luchando por soltarse de las decenas de manos que pugnaban por retenerle. Yo seguía gritando acusaciones contra él, y las mujeres se excitaban más con ello, queriendo vengar en él las raterías de que habían sido víctimas la mayor parte de ellas en aquel mismo mercado.

Cuando me alejé, el chino trataba de cubrirse con ambos brazos para detener los airados puñetazos de las vengativas mujeres.

Corrí con ligereza, alejándome. En cierto modo, el chino me dio lástima, abandonado a la furia desatada de las mujeres.

Capítulo IX

EL mayor Fox estaba hablándome y mis oídos le pertenecían, pero mientras escuchaban sus informes mi vista estaba ocupada vigilando el confortable tresillo junto al ventanal donde conversaban animadamente Kurt Raitt, con su inseparable pipa entre los dientes, y el chino que en la noche anterior había estado vigilándome por medio Bangkok.

—Debe andar con cuidado, Robinson —me decía el mayor Fox, con una mancha rubicunda en cada mejilla, quizá a causa de la excitación—. La policía local está muy trastornada… Encontraron una verdadera carnicería cuando llegaron a la tienda de empeños de Nonthaburi…

—¿Tiene eso alguna relación conmigo, mayor?

Me miró como un náufrago a la vista de la orilla que no consigue alcanzar.

—Confiaba en que usted se mostraría razonable.

—¿Y no lo soy? Hace un cuarto de hora está hablándome de asuntos, que no me atañen y no me he mostrado descortés en ningún momento.

Estaba desconcertado. Era un soldado; es decir, una máquina para obedecer. En los largos años de servicio no había hecho otra cosa, y su dispositivo mental se encontraba, por tanto, sensiblemente enmohecido.

—Luego está la muerte del señor Khong y la de un chino inidentificado que apareció en la casa de baños… Esto también les ha irritado. El capitán Chainat ha perdido toda su cortesía oriental desde que anoche encontró usted el cadáver de Sung Noen… Ejem… —se pasó el índice entre su cuello y la tirilla de la camisa—. Las relaciones americano— thailandesas no son a veces lo suficientemente cordiales como para permitirnos este tipo de publicidad negativa, señor Robinson… El comunismo está infiltrándose en los órganos de información, y desde allí empieza a manifestarse una ofensiva antiamericana… Estos sucesos no hacen sino avivar la antorcha del descontento y la impopularidad…

—¿Quién es?

El voluntarioso soldado que tenía ante mí parpadeó y, visiblemente realizó un esfuerzo para captar la intención de mi pregunta.

Acudí en su ayuda

—El chino —y miré intencionadamente hacia el tresillo del ventanal.

El mayor Vernon Fox bebió un trago de su limonada y con disimulo

volvió la cabeza. Estábamos en el bar del Club de Prensa, a la hora del aperitivo.

—¡Oh! —rebuscó laboriosamente en su archivo mental—. Es un corresponsal de Prensa, Pertenece a un diario de Pekín y…

—Lo adivino. Es un comunista convenido. ¿Su nombre?

Saqué un lapicero automático para trazar unos dibujos sin sentido sobre la servilleta de papel. Era bicolor. Apretando el botón rojo se disparaba la minúscula cámara fotográfica montada en el interior del cilindro plateado. Una lente sin aberraciones y una película altamente sensible aseguraban la realización de fotografías en cualquier condición de luz.

Tomé varias fotos del chino y de Kurt Raitt en el intervalo que Fox se tomó para responderme.

—Se llama Lushi Chao. ¿Por qué le interesa?

—¿Qué sabe de Kurt Raitt?

—Es alemán, amigo de todos y muy competente en su oficio. Actualmente es secretario del Club de Prensa.

—¿Amigo de Lushi Chao?

Obtuve un parpadeo a modo de respuesta. Al cabo de un instante, añadió:

—¿Qué está imaginando, Robinson? ¡Cielos, me echo a temblar cuando le veo en acción, como un perdiguero, olfateando un rastro…! ¿No descansa jamás?

—Continúo con vida, ¿no? A ello se lo debo.

Me cogió del brazo, casi suplicante.

—Como un favor personal, le ruego que no haga más difícil mi labor. No promueva disturbios y… acabe cuanto antes.

—Su digestión va a ser muy penosa estos días, mayor Fox. Temo no poder evitarlo.

No me respondió, *y* bebió un trago de su insípida limonada.

—Si le atrapas se verá en un lío de los gordos. No sé si podremos ayudarte. El capitán Chainat le destrozará en cuanto pueda, fía cabido que usted sobornó al centinela para registrar la casa de Sung Noen. Eso le liga a usted aún más a cuanto ha sucedido… Ignoro si es usted responsable o no de todo cuanto el capitán Chainat ha cargado en él debe de usted, pero con sólo la mitad de ello está listo. Siga mi consejo y pida el relevo. Ahora, después del incendio, las cosas están mucho más difíciles…

Guardé el lápiz e hice una bolita con la servilleta de papel.

—¿Qué incendio?

—Es verdad, no se lo he dicho. La casa de Sung Noen ha ardido por los cuatro lados. No ha costado mucho convertirse en un montón de cenizas, eso es cierto. Era de madera y bambú.

—¿Chainat me acusa también de eso?

—Sospecho que sí. Mi informador de la Comisaría no ha podido ser muy explícito, pero al parecer fue un incendio provocado con gasolina.

—Pero yo no he incendiado la casa…

El mayor se encogió de hombros.

—No le pido que se disculpe, Robinson. Usted recibe instrucciones directamente de Washington y sabe lo que se cuece entre bastidores. Yo me limito a rogarle que no haga nuestro trabajo más difícil. Usted y los suyos deben pensar en los que convivimos a diario, con esta gente, a pecho descubierto, sin escondernos en el anonimato de falsas personalidades…

Me incorporé. Había oído bastantes tonterías por el momento.

—No sea idiota, mayor.

Le dejé al borde del colapso.

Con paso vivo me acerqué al ventanal, rodeé el tresillo y me senté en el sofá, frente a Raitt y a Lushi Chao, a los que sonreí cordialmente.

—Gracias por haber informado al capitán Chainat de que registré sin permiso la cabaña de Sung Noen —espeté a Kurt Raitt lentamente, sin dejar de sonreír—. Veo que también en el país de la cortesía se juega sucio.

El periodista alemán aspiró una larga bocanada de su pipa, haciéndola gorgotear.

—Le veo indignado pese a su sonrisa, Robinson.

—Se equivoca. Sólo estoy asqueado. Debió tener un motivo más importante que el puramente informativo para hacerlo, Raitt.

—Los americanos siempre tan impulsivos —rió el alemán, dirigiéndose a Lushi Chao, que sonreía entrecerrados sus oblicuos ojillos —. Son como chicos belicosos disputando en el patio de un colegio. Yo no informé al capitán Chainat del soborno que usted le hizo al centinela. Y no lo hice porque él descubrió que el incendio había sido intencionado y que alguien había tenido acceso a la casa. Le bastó coa amenazar al centinela para que hablara. ¿Está preocupada, Robinson?

—Aún no.

—Lo celebro. Perdón, aún no les he presentado: el señor Lushi Chao, el señor Frank Robinson. Todos somos colegas, aunque… de distintas ideologías.

—Cierto —asentí. Y volviéndome al chino, me interesé—: ¿No nos hemos visto antes?

Una sombra de temor cruzó por sus ojos. Sabía que en su oficio, un espía identificado es un espía muerto. Yo también lo sabía, pero aquél era mi juego, y no me importaban los riesgos.

—Para un occidental, los chinos somos todos iguales —respondió.

—Es verdad que no prestamos demasiada atención a la que no nos

preocupa; es un defecto muy americano.

Se puso pálido como si lo hubiera azotado en pleno rostro. Vi en sus ojos el deseo de matarme. Acababa de ser herido en su orgullo de raza, justo lo que yo deseaba.

Le esperé fuera. Iba tan furioso que no hubiera visto un búfalo cruzado ante su camino, de modo que no fue ninguna tarea gloriosa seguirle. Por otra parte, supe enseguida adónde se dirigía, por lo que dejé entre él y yo una distancia mayor de la normal, seguro de no perderle.

La sala de baile «Luna plateada» estaba siendo demasiado frecuentada.

Dejé que entrase y aguardé fuera. A aquellas horas la orquestina estaba silenciosa y la sala vacía. Lushi Chao no podía haber ido a bailar, ni a encontrarse con ningún enlace confundido entre las mesas de bailarines. Su interlocutor tenía que ser, forzosamente, alguien de la casa.

Mientras aguardaba, sin perder de vista la puerta, me introduje en la cabina telefónica de un bar próximo y marqué un número. Al otro lado del hilo estaba seguro de hallar una voz amiga.

Era casi imposible que tuvieran intervenido un teléfono público como aquél y si lo estaba el número que yo llamaba de nada servirían mis precauciones, puesto que mis amigos ya estarían localizados y eso significaba para ellos la muerte. Los riesgos que corría telefoneando eran por eso mismo mínimos. Naturalmente, cuidé de ocultar con mi cuerpo el dial del aparato al marcar la cifra, por si había un observador con buenos prismáticos acechándome.

Sonó el timbre un par de veces y luego fue descolgado. No hubo palabra alguna. Yo silbaba una tonada tonta y difícil creada por nuestro Departamento en Washington. Interrumpí la frase musical y aguardé a que mi interlocutor la completara. Cuando escuché el fragmento completo, supe que no había peligro y que había realizado el contacto correcto.

Di el número desde el que llamaba y la dirección. Y añadí una cifra: 15.

Después de eso devolví el auricular a la horquilla. En nuestra clave, el 15 significa «reúnase conmigo ahora mismo. He de darle algo importante, pero no puedo desplazarme hasta los puntos establecidos para nuestras entrevistas».

Transcurrió un cuarto de hora antes de que viese cruzar ante el ventanal del bar al monje budista que aquella misma mañana había tomado de mis manos la escudilla con arroz. Iba, naturalmente, con un traje europeo, en seda color crema, y cubría su rapada cabeza con un flexible tostado. Yo seguí haciendo mi crucigrama, apoyado en el

velador, sin olvidarme ni por un instante de vigilar la entrada de la sala de baile. Mi enlace volvió sobre sus pasos y ocupó una mesa a mi espalda. Había numerosos clientes y los camareros iban y venían sirviendo los pedidos.

Sin mover los labios, con una difícil técnica aprendida en la academia, entablamos una rápida conversación hecha susurros.

—Sung Noen empeñó en la tienda de Nonthaburi un reloj por intermedio de una mujer identificada. Dentro del reloj debía encontrarse el informe que pretendía entregarnos. Tuvo miedo de que lo capturasen y lo escondió allí. Pero Nonthaburi estaba al servicio de los chinos y cuando Sung Noen fue a desempeñar el reloj anoche, les avisó; por eso nuestro hombre fue asesinado. El reloj no se ha encontrado.

—¿Qué va a darme? —oí a mi enlace, del que desconocía su nombre e identidad verdadera. Lo único que sabía de él, y saltaba a la vista, era que se trataba de un occidental

—Un microfilm. Es una foto de un periodista chino llamado Lushi Chao; es en realidad un espía. Anoche me guió hasta su base. Vigilándole sabrán muchas cosas de la red china en Bangkok.

—¿Dónde está él?

—Dentro de la sala de baile. Sospecho que ese lugar es una de las bases de operaciones china. Sung Noen debió encontrar ahí dentro lo que, al parecer, tenía tanta importancia.

—Bien, ahora escuche: son órdenes de Washington recibidas hace apenas media hora. Salga inmediatamente del país. Es un suicidio lo que está haciendo y su muerte no va a beneficiarnos nada.

Ese era el lenguaje del Departamento. Las vidas humanas no valen gran cosa por sí mismas, sino por el beneficio o perjuicio que causan. Pero hacía años que me había habituado al idioma.

—Además, el capitán Chainat va a detenerle de un momento a otro. Pueden interrogarle, y eso en el sudeste asiático puede ser muy malo.

Para todos, en general, y para mí en particular. Mi enlace había omitido eso, pero yo sabía leer entre líneas.

—Así que desaparezca. Estaré aguardándole esta noche en los muelles, entre el monasterio de Wat Arun y la base de la Marina thaí. Le sacaremos por el río. Un submarino vendrá a recogerle en la desembocadura.

—Demasiadas molestias para un hombre solo. No acepto.

—¿Está loco?

—Jamás me han retirado de la circulación cuando estoy en un asunto.

—Ha sido descubierto. Es tan conocida su identidad como si llevase colgado del cuello un cartel pregonando ser espía.

—Los anzuelos han de ser disimulados con un buen cebo, si el

pescador quiere atrapar una buena pieza.

Noté que mi enlace estaba confuso. Normalmente un agente ansia librarse de una misión cuando ésta se hace peligrosa, y nadie jamás ha rechazado una salida airosa como la que se me ofrecía.

—Pero…

Dejé el microfilm en el hueco de su mano.

—En el envoltorio va también la dirección de la base china. Si saben vigilarlos, sin despertar sospechas, conocerán todos los movimientos de los agentes de Pekín.

—Es un buen trabajo. Nos haremos cargo de esa gente.

—¿Nos…? —intencionadamente recalqué el plural.

—¿Se extraña? En lugares donde la guerra fría es tan intensa como aquí, Washington no se contenta con una sola red. El señor Khong no era más que una pantalla destinada a distraer a los servidores de Mao. Jamás sospechó él que hubiera una segunda red, más importante que la suya. Y supersecreta.

Yo tampoco lo sabía. En Washington sólo me habían dado un número de teléfono y una clave para ponerme en contacto con lo que suponía era sólo un enlace. Pero tras él había toda una organización. Eso podía ser un consuelo en caso de apuro y… en el supuesto de que tuviera tiempo de avisarles.

Vi que Lushi Chao abandonaba la sala de baile.

—Ahí está el chino. Sígale.

Mi enlace abonó la consumición y con aire cansino e indiferente, abandonó el bar. Parecía un hombre experto, ducho en el oficio. A Lushi Chao iba a serle difícil librarse de él.

Aguardé unos instantes todavía durante los que me entretuve en reflexionar. Había algo que no encajaba en el cuadro general que estaba formándose en mi cabeza. Un detalle fuera de lógica, carente de sentido. Y estaba demasiado cerca de los hechos para percibirlo. Era… —entrecerré los ojos y me concentré intensamente. Bastó con un minuto de soledad y abstracción. Se trataba del incendio de la casucha de Sung Noen. ¿Por qué se habían molestado en pegarle fuego?

Uno hace esas cosas por venganza, pero no había lugar, pues el único interesado estaba muerto. O también para escapar de un peligro. La cabaña erigida sobre el lecho de ano de los más míseros canales no parecía constituir una amenaza para nadie, a menos que…

A menos que algo en ella constituyera una prueba, un dato valiosísimo. ¿Quizá algo escondido, en su interior? Yo lo había revisado y…

Eso significaba que en el reloj no estaba toda la información.

¿Era posible que el viejo Sung Noen hubiera tenido la astucia de no concentrar en un solo punto cuanto había conseguido en contra de

Pekín? Si era así, aquel infeliz merecía una inscripción en oro en la lista de los mejores agentes, allá en aquel aséptico Departamento de Washington.

Me incorporé con mayor decisión que nunca. Aún no estaba todo perdido. Había muerto Sung Noen, pero ellos no se habían alzado con la victoria todavía… y, lo que era mejor, estaban temblando, temiendo que yo pudiera encontrar el material que Sung Noen había preparado para nosotros.

Crucé la calle hacia la «Luna plateada», calculando lo que tenía que hacer. Mientras lo hacía, me puse en el lugar de Lushi Chao y sus compinches. Hasta ese momento no me habían matado… y no podía yo pensar en que tuviera una protección especial capaz de preservarme de todos los peligros. Si continuaba con vida, era porque no habían querido acabar conmigo. Razón, me la había dado el propio Lushi Chao la noche anterior, siguiéndome: *necesitaban* saber si yo tenía enlaces en Bangkok ahora que el señor Khong había muerto. Si hay algo que un servicio de espionaje tema más que a la propia destrucción, es ignorar dónde están sus enemigos y cuántos son. Para averiguarlo» cualquier red es capaz de correr los máximos riesgos.

Y los chinos de Pekín estaban corriéndolos.

Yo debía hacer que su temeridad les fuera funesta.

Me encontré en el vestíbulo en penumbra de la sala de baile. Más allá estaban las cortinas que ocultaban el gran salón, ahora silencioso y vacío. A la derecha, el mostrador tras el cual vi durante unos instantes a Sung Noen antes de que corriese hacia la muerte.

En algún lugar del edificio, Lushi Chao se había reunido con sus amigos. Pese a todas las consideraciones que acababa de hacerme, notaba tensos los músculos de mi cuello y una comezón en la espalda, presintiendo el peligro.

Estaba tentando demasiado a mi suerte. Los chinos podían cansarse de mis andanzas, y entonces…

—¿A quién busca, señor?

Me volví. Se había abierto la puerta de una oficina, en la que hasta entonces no había reparado. Y en el dintel estaba una siamesa bellísima, de negros cabellos y rostro angelical.

Capítulo X

ME acerqué a ella despacio, para darme tiempo a contemplarla con gusto. Lucía con elegancia un vestido de falda estrecha y corta, abierta en los muslos, de corte chino, que resaltaba su figura. No precisaba que nadie le prodigara cumplidos: ella se había contemplado demasiadas veces en el espejo de su dormitorio y sabía exactamente cuáles eran sus encantos. Pero mientras acortaba las distancias entre ambos, me di cuenta de que no era una muchacha vulgar. Si sus labios podían ser muy apasionados en momentos de amor, estaba toda ella movida por un cerebro fríamente calculador.

«Peligrosa. Cuidado, Frank», pensé.

Sonreí con el aire del paleto que llega a la gran ciudad; propio del típico americano medio.

—Buscaba a… una señorita.

—El local está cerrado en estos instantes. A las siete de la tarde comienza el baile. A partir de ese instante y hasta la madrugada, podrá…

Me detuve ante ella.

—Oh, no es lo que se figura. ¿Puedo presentarme? —tendí mi mano con ostentosa desenvoltura—. Frank Robinson, del *Chicago Herald*. Llegué ayer al país y… estuve aquí. Conocí a una chica encantadora, Anhua. Ella se ofreció a mostrarme la ciudad…

Sentí la mirada de aquellos oscuros e inquisitivos (ojos taladrándome, como la computadora electrónica de cheques una ficha para su clasificación.

Me ofreció su mano, pequeña y fina como la de una niña.

—Me llamo Supajee Kwang y… soy la propietaria del local.

—¿Usted? ¿Una mujer tan joven y encantadora?

Seguía sosteniendo su mano entre las mías. No había tocado jamás nada tan suave. Su piel era producto de extrañas cremas hechas con las flores de la jungla. Resultaban perfectas. Para mi gusto hubieran constituido el símbolo de la femineidad, de no ser por las larguísimas uñas laqueadas en plata, amenazadoras como garras.

—¿No desea entrar?

Me precedió penetrando en la oficina. Pude verla así de espaldas. Sus caderas oscilaban levísimamente a cada paso, en una silenciosa y

sugerente llamada que no se podía desoír sin esfuerzo.

Cruzó una oficina con mesas y archivadoras y penetró por una puerta de teca, finamente taraceada.

Nos encontramos de pronto en pleno Oriente, en una estancia algo sombría, pero decorada con el encanto del arte thaí. Unas gruesas alfombras ocultaban los pasos, las paredes estaban recamadas con dibujos e incrustaciones de madreperla, y numerosas figurillas de marfil, jade o porcelana reposaban en los escasos y pulidos muebles. En un rincón, un pebetero quemaba sustancias aromáticas proporcionando a la estancia un perfume hipnótico.

—Usted desconoce el Oriente, por lo que veo, señor Robinson. Y aún mucho más nuestro país. Esa muchacha a la que usted busca trabaja para mí. No puedo distraerla de su trabajo: supone una pérdida para la casa.

—Estoy dispuesto a pagar su tiempo.

Supajee me sonrió, sumamente feliz.

—Usted triunfará en Bangkok, señor Robinson. Se hace cargo inmediatamente de la situación. ¿Cuántas horas va a emplearla?

—Lo ignoro. Dependerá de ella misma y de lo satisfecho que me encuentre teniéndola de cicerone.

Se detuvo ante una pintura sobre seda que decoraba un extremo del salón y tirando de un cordón la enrolló. Bajo la tela apareció un *planning* desoladoramente calculador que ponía una brutal nota de eficiencia administrativa en un lugar tan exótico y atractivo como aquél. En el *planning* figuraban una serie de nombres femeninos, entre los que vi el de Anhua. Bajo ellos, una lista de horas marcadas con tiritas de colores cuyo significado debía ser obvio para la propietaria del local. Supajee se volvió a mirarme con una divertida expresión en su rostro.

—¿Asombrado?

—Casi aterrado —asentí—. Una mujer tan calculadora debe ser siempre peligrosa.

—En Thailandia, las mujeres hemos penetrado en el mundo de los negocios tan eficazmente como el hombre. Pensamos que todo tiene un precio, y que debe ser pagado.

Me acerqué a ella hasta casi rozarla. Supajee continuaba de espaldas, poniendo unas cartulinas bajo el nombre de Anhua, sin duda eliminándola del servicio ordinario para entregármela a cambio de unos billetes.

—Eso que acaba de decir me da pie para preguntarle algo, Supajee. ¿Puedo cambiar de chica?

—Está a tiempo —asintió, sin volverse.

Posé las manos en su cintura. Tenía las caderas firmes bajo la seda del vestido. La noté estremecerse, al sentir mis dedos. En aquella

posición, tenía mi rostro sobre su hombro, aspirando su perfume.

—¿No le han instruido antes de venir a Thailandia? Aquí el trato con las mujeres es distinto. Eso que hace ahora es una ofensa: podría obligarle a casarse conmigo… o tendría que matarle.

La hice volverse y la besé. Con toda la dulce violencia *y* la habilidad aprendida en los labios de las cinco razas. Mi historia sentimental era larga y variada, por eso seguía soltero. Pero Supajee no movió ni un párpado. Inmóvil en mis brazos, fríos los labios, semejó un muñeco sin vida.

Al lado de Sara Buri unas horas antes, Supajee era un iceberg junto a un volcán.

La solté, confuso.

—Quiero enseñarte algo, señor Robinson —me dijo coa su voz dulce, pero más inquietante.

La seguí hasta un rincón. Pulsó un interruptor y una luz se encendió, iluminando un acuarium alargado, separado verticalmente por una lámina oscura, a ambos lados de la cual, convenientemente separados, se hallaban dos pececillos minúsculos pero de agudas aletas erizadas de espinas. Ambos estaban casi inmóviles. Como adormecidos en aquel pequeño mundo artificial hecho de coral, piedrecillas y plantas acuáticas. Sus lomos iridiscentes recordabais una gema extraña y tentadora.

—Son peces luchadores, carnívoros. Posiblemente no hay animales más feroces en todo el mundo, pese a su tamaño… —me miró, listaba haciéndome una cruda advertencia—. Son macho y hembra. La primera está a la izquierda. Todavía no ha conocido la derrota… y son muchos los que han traído sus peces para hacerlos pelear. Vea esto.

Tiró con un movimiento rápido y grácil de su brazo derecho la lámina opaca, permitiendo la comunicación entre las dos secciones del acuarium. Resultó tan súbito, que los dos peces tardaron un instante en reaccionar.

Luego, el macho dio un coletazo rápido, subiendo a la superficie. Asomó durante una fracción de segundo su minúsculo hocico fuera del agua y se precipitó hacia su rival. La hembra le aguardó, erizadas sus peligrosas aletas, al tiempo que su cuerpo tomaba un tinte apoplético a la vista de su rival.

Se trabaron en una pelea terrible, despiadada. Hubo un centelleo rojizo, un batir enloquecido del agua, y un instante después, el macho, abierto su vientre, huyó penosamente, dejando tras sí sus entrañas. Fue un espectáculo que me dejó seca la boca. Impulsivamente, pedí:

—¡Sepárelos!

Supajee dejó caer la lámina antes de que la hembra traspusiera sus dominios, impidiéndole ir tras su enemigo y destrozarlo a dentelladas.

La hermosa siamesa volvió el rostro hacia mí.

—En este país, la hembra no es, en absoluto, juguete del varón. Téngalo presente, señor Robinson… Si usted pretende escribir buenos reportajes sobre Thailandia, por favor, no olvide lo que ha visto.

No me había equivocado al juzgar a Supajee. Pero su belleza era como la del pez, subyugadora y tentadora. Acababa de ver a la hembra destrozando sin piedad a su compañero, pero aún no había aprendido la lección y seguía sintiendo el deseo de tener entre mis brazos a Supajee, con mucho tiempo por delante para hacerle comprender que puede haber algo más que violencia entre un hombre y una mujer.

—¿Molesto? —nos volvimos ambos hacia la puerta—. No sabía que tuvieras visita, Supajee.

La muchacha sonrió.

—Es un cliente, papá. Señor Robinson, le presento a mi padre, Phrae Kwang.

Me incliné ligeramente, obteniendo a cambio una reverencia exquisita. El padre de Supajee era de corta estatura ojos vivos y hundidos en unas cuencas profundas y pómulos prominentes. Me sentí examinado con la misma inquisitiva atención de tasador de su hija momentos antes.

—Ha contratado a Anhua. ¿Quieres llamarla?

Phrae Kwang asintió y desapareció.

—No podía suponer que su padre estuviera en activo, Supajee… Cuando me dijo que el negocio le pertenecía…

Ella encendió un cigarrillo americano con desenvoltura. Sus uñas plateadas brillaron con la luz de la lámpara.

—Y así es —recalcó—. Mi padre se limita a acompañarme. No estaría bien visto que yo rigiera una sala de baile sin un familiar encargado de velar por mi reputación. En Thailandia lo más valioso de una mujer es su buen nombre.

—No toquéis a las siamesas —recité a media voz.

Ella enarcó las cejas.

—¿Conoce la sentencia?

—Mi editor me la enseñó antes de enviarme a Bangkok.

—Pues la olvidó muy pronto. Eso le traerá complicaciones.

Yo miraba a mí alrededor y hacía funcionar mi cerebro a toda presión. De haber tenido ejes y engranajes dentro del mismo, a buen seguro que Supajee habría escuchado el chirrido precipitado. Allí había un misterio. La reciente visita de Lushi Chao lo pregonaba. Y como deseaba descubrirlo, tenía que hacer algo.

—¿Podré volver a visitarla?

—¿Para qué? No cometa errores.

—Quiero traer un pequeño pez de combate para enfrentarlo al suyo.

—Hágalo —su sonrisa fue maligna—. Pero tenga en cuenta que no los separaré.

No pude responderle. Tampoco hubiera sabido qué decirle. Su sicología era demasiado tortuosa para mi mente occidental. En la puerta había aparecido Phrae Kwang seguido por Anhua, con aire expectante. Supajee me señaló, mirando a la *taxi girl*.

—Creo que conoces al señor Robinson. Te ha contratado. Al parecer, desea que le enseñes la ciudad.

Anhua tuvo un parpadeo rápido de ojos, relajándose. Al reconocerme, se sentía más tranquila. Me sonrió.

—Será un placer. ¿Ahora mismo, señor Robinson?

Al tiempo que me acercaba a ella, noté el batir de mi corazón. Anhua me aguardaba dentro de su vestido de seda verde ceñido sobre la piel. No llevaba escote alguno y el vestido terminaba en su garganta como un cuello militar, pero tenía desnudos los brazos y la falda abierta en los laterales apenas le llegaba a las rodillas. Formaba un conjunto seductor, lo que los soldados de ultramar denominan «una típica mujer oriental». Pero nada de eso, ni sus labios jugosos y amables, ni su silueta joven y tentadora, habían provocado el acelerado ritmo de mi corazón, sino la visión del broche en forma de sol, con un topacio en el centro, que lucía Anhua en el pecho.

Capítulo XI

NOS seguían. Una vez más se demostraba que la sala de baile era uno de los centros de actividad de los agentes chinos. Esta vez no iba a ser fácil burlarlos, pero yo tenía que interrogar a fondo a la muchacha, que ni siquiera sospechaba mis verdaderas intenciones.

Tampoco tenía demasiado tiempo.

Dejamos atrás las estrechas callejas del barrio antiguo y salimos a un paseo de aire reposado que conducía a uno de los parques de la ciudad. No podía utilizar ningún taxi ni *samlor*, en previsión de que sus respectivos conductores estuviesen al servicio de los compañeros de Lushi Chao, así que enlacé resueltamente el brazo de Anhua y nos pusimos a caminar animosamente.

—No podemos hacer otra cosa —expliqué—. Nos están siguiendo. Un taxi podría ser una trampa mortal.

Noté cómo se estremecía su cuerpo próximo al mío.

—¿Qué ocurre en realidad, señor Robinson? —la expresión de Anhua no era ya la de una profesional acompañando a un cliente.

—¿Eras muy amiga de Sung Noen? —ella asintió y proseguí—: En tal caso, debes ayudarme.

—¿A qué?

—Quiero castigar a los que le asesinaron.

—Falleció por accidente…

—Es la versión oficial. En realidad, usaron con él karate.

—¿Por qué? —temblaba y yo debía sostenerla en vilo, fingiendo un galanteo apasionado.

—Era agente americano —tal y como estaban las cosas, no arriesgaba nada diciéndolo. Pekín nos conocía a Sung Noen y a mí como si hubieran seguido nuestra vida desde la cuna. Aunque Anhua estuviera al servicio de ellos, no ponía en sus manos ninguna información nueva. Y no era probable que ella fuera otra cosa que lo que aparentada—. Como yo —añadí.

Se asustó y trató de soltarse de mi brazo. Me pilló tan de sorpresa que estuvo a punto de conseguirlo, pero logré sujetarla, haciéndole daño. Se lamentó y me disculpé con una caricia.

—Lo siento, pero no quiera dejarte morir. ¿Sabes lo que te ocurrirá si te apartas de mí? Ellos te atraparán y te maltratarán hasta que les digas

todo cuanto hablaste conmigo. No van a creerte y es probable que empleen tortura… —la asusté deliberadamente—. Sólo puedes hacer una cosa: aceptar mi ayuda.

—¿Qué… desea? —había sido zarandeada lo suficiente por la vida para saber que todo tenía un precio.

—Información. Fuiste a empeñar un reloj de plata a la casa de Nonthaburi, ¿verdad?

—¿Quién se lo ha dicho?

—El —era una verdad a medias. Anhua afirmó con la cabeza y proseguí—: ¿Por qué te lo dio Sung Noen?

—Dijo que él estaba vigilado y que no podía…

—¿Sabías lo que contenía?

—No; pero aseguró que era muy importante.

—Le costó la vida. Dentro iba algo, muy valioso para mí. ¿Dónde lo consiguió?

—No lo sé… El salía muy poco… ¿Está seguro de que era un espía? No lo parecía…

—Es la clave de los buenos agentes. Por otra parte, él no necesitaba salir: la sala de baile es un centro activista de Pekín.

—Apenas puedo creerlo… La señorita Supajee ama demasiado el dinero para desear que Thailandia se convierta en comunista.

—Puede ser una máscara.

El chino continuaba tras nuestras pisadas a unos treinta metros, con un periódico en la mano, tomando el sol beatíficamente al parecer. Avivé el paso en dirección a unos macizos de magnolias. Por el camino instruí a la *taxi-girl.*

—Vamos a librarnos de ese tipo.

La dejé a la vista tras las flores y me oculté entre unos árboles próximos. En todo lo que alcanzaba la vista no se veía a nadie.

Veinte segundos después apareció el chino a la carrera. Al ver a la muchacha se detuvo y recelosamente miró a su alrededor. Luego fue como un gavilán hacia su presa, y cogió a Anhua de la muñeca, rudamente.

—¿Dónde está el americano?

—Se fue.

—¿En qué dirección? ¡Habla, estúpida!

Salí de entre los árboles y pisando suavemente me situé a su espalda. Era un luchador nato y presintió lo que estaba ocurriendo, por lo que se revolvió como una gata

Lancé mi golpe, con el canto de la mano, contra la base de su nariz calculando que haría aquel movimiento y aprovechando incluso su finta.

Cayó de espaldas, sin un gemido, como sin vida. Cuando lo cogí del

cuello de la camisa y de la entrepierna vi que pesaba muy poco. Sin miramientos lo arrojé al centro de magnolias, donde quedó oculto. Luego, arreglándome los puños de la camisa dentro de las mangas de la chaqueta, me reuní con Anhua.

—Vámonos —casi a la carrera nos alejamos. La lucha había sido rápida y no había habido testigos. Aun así me cercioré de que el chino iba solo, y una vez comprobado que no nos seguían, reanudé mi charla con la muchacha.

—Aunque se apoderaron del reloj, siguen buscando algo. Se trata probablemente del cliché de un microfilm. Sung Noen debió hacer una copia que guardó en el reloj… que es cuanto ellos han recuperado. ¿No te lo dio a guardar tu amigo?

Anhua, demasiado pálida por lo que había visto, no tenía fuerzas para negarse a nada.

—Nunca he visto un microfilm…

—¡No seas tonta! No iba a dártelo en la mano. Tuvo que esconderlo en alguna parte. ¿No te hizo algún regalo? Un broche, un bolso, un libro, una muñeca…

Ella fue negando, y de pronto parpadeó.

—¿Bien? —la apremié.

—Me dio una pistola… una vieja arma inservible… Fue cuando le dije que a veces tenía miedo en mi piso. Me advirtió que no podría disparar con ella, pero que asustaría a cualquiera que se pusiera pesado… A veces recibo visitas…

Recordé el cargador de la «Parabellum» hallado entre las sábanas de Sung Noen. Apreté con fuerza el tierno brazo femenino.

—Vamos a tu casa. Deprisa.

En quince minutos estuvimos en el apartamento de Anhua, en un taxi. Era pequeño, pero tenía intimidad. En el *living* un amplio diván convertible y una televisión. De un armario sacó ella la pistola que me ofreció.

—Esta es la pistola que me dio Sung Noen. ¿Qué buscas en ella?

La examiné. Tenía roto el percutor y le faltaba el cargador. Con la punta de una navaja empecé a soltar los pequeños tornillos para desmontarla. Mientras, Anhua se sentó en el diván y cruzó sus piernas de piel dorada que la abierta falda permitía ver por completo. No era aquello lo que me interesaba en aquel instante.

Solté las cachas de la pistola y las separé del armazón. Una laminilla de celuloide cayó en el hueco de mi mano.

Era lo que Pekín y yo buscábamos.

Encendí una lámpara y con ayuda de una lupa que saqué de mi bolsillo lo examiné. Estaba escrito en chino, pero sabía lo suficiente para quedar abrumado.

Un avión norteamericano, de los derribados sobre territorio de Viet Nam del Norte, convenientemente reparado y pilotado por un aviador chino, iba a arrojar una bomba atómica al norte de Thailandia, en una fingida operación de patrulla y reconocimiento de la frontera China. A Pekín no le importaban los millares de thailandeses que iban a morir ni la contaminación atmosférica consiguiente. Sólo quería ver cómo, a consecuencia de ello, ni un solo soldado americano podría poner los pies jamás en el sudeste asiático. El clamor que se elevaría en toda Asia por ese «error» o «accidente» sería tal, convenientemente avivado por la maquinaria propagandística china, que los occidentales serían los seres más impopulares y odiados en toda Asia.

La jugada era maestra. Había sido elaborado en Bangkok por la red china local, quien, con las informaciones recogidas, había redactado el plan de vuelo completo del avión «americano» para hacerlo parecer como normal y evitar intercepciones en su crucero hacia el punto donde debía arrojar la bomba.

La última línea era la más terrible: el vuelo iba a producirse al día siguiente, al amanecer.

El microfilm quemaba mi mano, como si estuviera hecho de fuego. De que llegase a tiempo a mi enlace dependían las vidas de millares de personas.

Anhua había abandonado el diván y se situó a mi lado, apoyándose en mi brazo, su cuerpo contra el mío.

—¿Es muy importante eso que has encontrado?

—Bastante.

—¿Y te vas a marchar?

Era primaria en sus deseos.

—Lo siento.

Se colgó de mi cuello. Era una ofrenda. ¿Por qué un hombre tiene sus mejores posibilidades cuando lleva más prisa? Anhua me sonreía. Su mentalidad oriental y servil le decía que si yo me marchaba tan rápidamente era porque algo en ella me disgustaba. Y en su oficio no podía permitirse tales fallos. De divulgarse, pronto quedaría sin empleo.

—No te vayas. Aguarda un instante… Beberemos un poco de *chamca*[4], y después…

—No habrá después —le sonreí, con mis manos en su cintura—. Te voy a sacar de aquí, Anhua. Estás en peligro por mi culpa.

Contuvo un pequeño temblor y se apretó más contra mí. Buscó mis labios con su boca perfumada. «No debo permitírselo o perderé la cabeza», pensé un minuto después.

—Eres una buena chica, Anhua —le dije amablemente, con una sonrisa, sujetándola a la distancia correcta para poder admirarla sin sentirla tan turbadoramente próxima—, pero tengo prisa.

—¿Para entregar el microfilm a tus amigos?

—Sí.

—¿Qué se dice en él?

—No te divertiría saberlo.

—¿Es muy peligroso para Pekín?

—No exactamente: el peligro es para muchas chica* tan lindas y cariñosas como tú. Pero a Pekín no le gustará que yo haga saltar sus planes.

Sus labios temblaron.

—Me… das miedo… Antes has dicho que si los chinos que nos seguían me atrapan, lo pasaré mal. ¿No me vas a proteger…?

—Haré que mis amigos se ocupen de ti hasta que pase lo peor.

Me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas?

—Quiero telefonear a una persona.

—No es preciso —se colgó otra vez de mi brazo, presurosa. No era sólo tierno afecto lo que sentía por mí, sino miedo. Lo comprendí por sus gestos ansiosos e inciertos, como los de un niño que se aferra a los pantalones de su padre cuando entra en una habitación oscura—. Tengo teléfono.

—Probablemente esté interceptado. No me fío. Llamaré desde uno público. Volveré dentro de unos minutos.

—¿Y si ellos vienen…?

—No nos han seguido —posé mis labios en su frente, en la raíz de sus perfumados cabellos, y salí resueltamente del apartamento. Un instante más y me habría quedado para consolarla, por tiempo indefinido, mientras aquel avión americano con chinos de Pekín a bordo, transponía las fronteras septentrionales de Thailandia, con su carga de muerte en su vientre.

Me aseguré antes de entrar en un teléfono público. Caminé dos calles, y elegí por fin el bar más concurrido y de mayor número de teléfonos para uso de sus clientes. Cuando marqué el número de mi control noté húmedas las palmas de las manos. Esto me ocurría sólo cuando estaba bajo una gran tensión, y en muy raras ocasiones.

Silbé la melodía habitual que me identificaba. Oí las notas siguientes y pronuncié, despacio, tres números: 4-0-9. Noté un sobresalto al otro lado de la línea. Lo esperaba. Un cero entre dos cifras significaba «alarma mundial». El cuatro, en la clave que me habían entregado, indicaba que había conseguido lo que buscábamos. El nueve, el punto donde estaría esperando a mi enlace.

Dejé el teléfono en su horquilla imaginando los frenéticos movimientos de mi desconocido comunicante, para informar a sus superiores y transmitir el alarmante caen— saje a Washington.

Salí del bar y regresé a la casa de Anhua. Ella me había ayudado y tenía que librarla del peligro que le amenazaría tan pronto los chinos adivinaran el papel que ella había tenido.

Caminé sin prisas, cerciorándome una vez más de que nadie me seguía. Cuando llegué ante la casa donde ella tenía su apartamento examiné los alrededores. Nada parecía haber cambiado. La ventana de su *living*, en el cuarto piso, dos más abajo que la azotea, continuaba encendida con la luz de la lámpara que reposaba en la mesita. Por un momento me pareció como si la normalidad hubiera vuelto, y yo me hubiera limitado hasta ese momento a recordar alguna aventura lejana en el tiempo.

Traspuse la puerta diciéndome que el microfilm en mi bolsillo era demasiado pesado, moralmente al menos, para que pudiera pensar que todo eran imaginaciones mías. El ascensor me condujo al cuarto piso. Cerré la puerta barnizada, idéntica a la de los distintos apartamentos y pulsé el botón de reenvío.

En el rellano no había nadie, salvo un silencio admirable en una ciudad tan ruidosa como Bangkok. Lo crucé y llamé a la puerta de Anhua.

Se abrió casi al instante. Anhua estaba en el sofá, con las manos en el regazo, demasiado rígida quizá.

Había penetrado sólo dos pasos y me detuve, titilando en mi cerebro la luz roja de peligro. Pero no duró más de medio segundo. La puerta se cerró bruscamente a mi espalda y yo me volví a medias.

El capitán Chainat me sonreía:

—Le aguardábamos, señor Robinson.

Capítulo XII

HABÍA dos agentes más, también uniformados, apuntándome con sus pistolas. El capitán Chainat parecía muy feliz al verme.

—Infortunadamente, no ha sido usted todo lo prudente que yo esperaba, señor Robinson —comentó, amablemente.

No le miraba a él, sino a la muchacha. Anhua estaba muy pálida y nerviosa. Sus ojos se tropezaron con los míos:

—Lo siento —murmuró—. Se presentaron de improviso. Había un micrófono debajo de la mesa —añadió señalando el pequeño mueble que sustentaba la iluminada lámpara, junto a la ventana.

El policía agitó su mano en el aire, imperiosamente.

—¡Cállate! Luego me ocuparé de ti.

Sin intimidarme las pistolas me dirigí a la mesa y pasé la mano bajo el tablero. Mis dedos se detuvieron al encontrar un objeto pequeño y redondo, adherido con una ventosa al tablero por su parte inferior.

Lo saqué a la vista de todos. Era un micrófono-emisor. No mayor que una moneda, del que colgaba menos de un palmo de hilo de cobre forrado: la antena para transmitir cuanto se hablaba en aquella habitación a un receptor situado probablemente en un coche, en la calle. El capitán Chainat había escuchado mi conversación con Anhua desde que había entrado en el apartamento. Sabía demasiado y aún no podía adivinar sus intenciones. De cualquier forma, no debía caer en sus manos el microfilm con los planes de Pekín: era un documento reservado que pertenecía ya a Washington.

Di vueltas al micrófono, preguntando:

—¿Por qué?

—Un aparato muy curioso, ¿verdad? Permite oír las más interesantes conversaciones.

—¿Usted lo mandó colocar?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿De nuevo esa pregunta? —la afabilidad de Chainat resultaba untuosa—. Cuando murió Sung Noen usted había estado con Anhua. Pensé que vendría a su casa…

—Demasiadas molestias para algo tan fácil como encontrarme: le dije que resido en el Hotel Capítol.

—Oh, sí, pero no lo quiero conocer oficialmente, sino cuando no está fingiendo. A un hombre sólo se le conoce en la intimidad y… así ha sido esta vez. Le aseguro que la conversación entre ustedes dos ha sido altamente sustanciosa. ¿Es preciso que le diga que jamás creí La explicación que dio en mi despacho? Lo ocurrido en la tienda de Nonthaburi prueba la necesidad de hacer algo tan… poco ético como es colocar un micrófono en el apartamento de una *taxi-girl*.

Parpadeé, con fingido asombro.

—¿Nonthaburi? ¿He oído alguna vez ese nombre?

El capitán se pasó los dedos por los labios, delicadamente.

—No se haga el estúpido, Robinson —de pronto había perdido su amabilidad—. Un blanco no pasa jamás desapercibido en Bangkok. Estuvo allí y peleó. Quiero saber por qué. Me acompañará a la Comisaría.

Las cosas se habían puesto definitivamente difíciles. Ir a la Comisaría significaba interrogatorios y dilaciones. Pasarían horas, días quizá, antes de que el capitán Chainat me soltase. Esta vez no iba a dejarme salir de sus redes tan fácilmente. Tenía en sus ojos la mirada fanática del asiático que desea vengar en el blanco las vejaciones de varios siglos de colonización. Y, sólo unas horas más tarde, un avión americano provocaría el caos en aquella parte del sudeste asiático.

—¿Un cigarrillo? —ofrecí la pitillera abierta al capitán—. No vamos a perder las buenas maneras por esto: comprendo que usted cumple con su deber, capitán.

El policía rechazó mi ofrecimiento, pero no me impidió que yo encendiera el pitillo. Di una chupada. Quedaban tres segundos. La brasa consumió la estrecha capa de tabaco y llegó al cilindro inflamable.

Se produjo una densa nube de humo que nos envolvió. Contuve la respiración al tiempo que corría hacia Anhua, situada al otro extremo del *living*. Le cubrí la boca y la nariz con mi pañuelo y la arrastré hacia la puerta. El capitán Chainat y los dos agentes se desplomaban sin un gemido siquiera, narcotizados.

Abrí la puerta del apartamento para salir a toda prisa, pero casi tropecé con dos agentes uniformados que hacían guardia en el vestíbulo, previsoramente, aguardando sin duda órdenes del capitán. Mi aparición fue tan inesperada, que no reaccionaron con la debida rapidez. Tuvieron tiempo, sin embargo, de echar una ojeada al interior y ver que algo iba mal.

Para cuando quisieron sacar las pistolas de sus fundas, yo había cerrado la puerta y daba una vuelta a la llave puesta en la cerradura.

—No respires —susurré en el oído de Anhua.

Llevándola de la cintura llegué a la ventana que daba al patio de luces. El humo había llenado por completo el living y el cigarrillo caído

en el suelo continuaba lanzando columnas de narcótico. Abrí la ventana notando que mis pulmones habían consumido casi todo el aire almacenado en ellos. Unos segundos más y tendría que respirar, y acto seguido haría compañía a los policías, en el suelo.

Empujé a la muchacha a la escalerilla de incendios.

—Agárrate fuerte —ordené, sacando fuera la cabeza. El aire puro devolvió la vida a mis pulmones—. ¿Podrás hacerlo? ¡No mires abajo!

En el vestíbulo, los dos agentes golpeaban violentamente al puerta, sin resultado y, de pronto, uno de ellos disparó contra la cerradura.

—¡Sube, deprisa! —apremié a Anhua.

La falda femenina era demasiado estrecha y ceñida para moverse fácilmente en la escalera metálica. Pasé una pierna por el alféizar y me situé tras la *taxi-girl*, aguardando a que ésta cedería de un momento a otro.

—¡No puedo! —tembló la muchacha.

Tiré de su falda hacia la cintura, liberando sus esbeltas piernas, y luego avivé sus movimientos con una sonora palmada en su muslo.

—¡No pierdas el tiempo!

Ella gateó desesperadamente por la escalerilla.

Nos encontrarnos en la azotea sudorosos y jadeantes. Anhua puso orden en su falda, una vez estuvimos arriba. No había tiempo para tan delicadas gazmoñerías, de modo que tiré bruscamente de su brazo, empujándola hacia el tragaluz. Los agentes del capitán Chainat no tardarían en estar en la azotea, y yo tenía que escapar por cualquier procedimiento.

—Estamos jugándonos la vida, preciosa —gruñí con escasa delicadeza—, así que olvídate de tu falda y muévete deprisa.

Por el hueco del tragaluz nos encontramos en la escalera del edificio, pero al asomarme vi allá abajo a los policías. No podía utilizarla, y no tenía alas para volar.

Llamé al ascensor pulsando el botón correspondiente. Luego me encaramé al tragaluz y me acurruqué en equilibrio, cerca de las grandes ruedas por las que pasaban las sirgas que lo accionaban. Cuando se detuvo en el último piso ayudé a Anhua a descolgarse hasta el techo de la caja del ascensor.

—Sujétate a la sirga y no te muevas. No importa la grasa —advertí para acallar su protesta.

Luego me reuní con ella y le pasé un brazo por los hombros.

—Es nuestra única posibilidad. No temas —susurré a su oído.

Abajo los policías se habían dado cuenta de que yo había llamado al ascensor.

—¡Tratará de bajar en él! —gritó uno, en thaí—. ¡No se lo consintáis!

Hice un contacto en las conexiones eléctricas del exterior de la caja y

el ascensor descendió. Vi que Anhua cerraba los ojos al ver pasar a un palmo de su cuerpo, velozmente, las paredes del hueco por el que se movía nuestro vehículo, encajonado entre los muros, y la sujeté para evitar que el vértigo le hiciera caer.

El ascensor se detuvo de pronto y las puertas se abrieron. Por el hueco que quedaba entre el techo del ascensor y el marco de la puerta que daba acceso a él desde uno de los rellanos, vi a una pareja de policías, pistola en mano, examinando el interior de la caja.

—¡No está! —se asombró uno de ellos.

—Era una trampa. Nos hizo creer que bajaba en él pero debe continuar en la azotea.

—O en algún otro apartamento del edificio.

—Los registraremos todos.

Tosiendo, el capitán Chainat, con un pañuelo en la boca, apareció junto a sus esbirros.

—¡Si lo dejáis escapar os encerraré un mes en el calabozo! —gritó con voz desfallecida.

Cerraron las puertas y les oí mascullar maldiciones mientras subían por la escalera, para registrar palmo a palmo el edificio.

Cuando estuvieron lejos sus voces y pisadas, hice de nuevo contacto en las conexiones y el ascensor descendió raudo hacia los bajos.

No había policía alguno en la puerta del edificio, ocupados todos en buscarme en los pisos superiores.

Cuando nos encontramos en la calle, el aire libre nos pareció más delicioso que nunca.

Capítulo XIII

TENDIDA en el interior del sampán, Anhua tenía los ojos cerrados y parecía dormir. La cubrí con una manta *y* me incliné para besarla en la frente, pero ella se las arregló para que yo encontrase sus labios.

—Adiós. No te preocupes por nada. Estás en buenas manos.

—¿Adónde me llevan? —preguntó ella.

Había caído la noche definitivamente sobre Bangkok y en el río se habían apagado los gritos de los vendedores sobre sus embarcaciones o los llantos de los niños en sus minúsculos hogares flotantes. La pequeña camareta nos separaba del exterior.

—Hay un submarino lejos del delta. Allí estarás a salvo. Yo iré más tarde.

Solté sus manos que me sujetaban y salí al exterior. Allí estaba el falso monje, aguardándome. Mi enigmático enlace de Bangkok.

—Sígame —fue un susurro en la oscuridad.

Con la agilidad de un gato pasó al sampán contiguo al que nos encontrábamos, saltando por encima de ambas bordas. Le seguí al interior de una toldilla, pero antes de hacerlo miré a la pequeña embarcación que habíamos dejado.

Se alejaba ágilmente, llevada por el río al parecer porque no se veía a nadie que la manejase. Fui a avisar a mi acompañante, pero éste sin volverse, desde la oscuridad de la toldilla, explicó:

—No se preocupe. Dos de nuestros hombres la llevarán al submarino.

El sampán se borró en la noche. Adiós Anhua. Tierna y asustadiza Anhua, complaciente como sólo una *taxi-girl* oriental sabe serlo. Sólo había pasado unas horas a su lado, pero me había encariñado con ella, quizá porque *no* había tenido tiempo de encontrarle ninguno de sus defectos.

Una mano me cogió en la oscuridad de la toldilla, guiándome, mientras una opaca cortina obturaba la entrada.

—Quiero enseñarle algo, señor Robinson. No hay mucho tiempo que perder.

Se oyó un chasquido y un cono de luz brotó de un proyector formando en una pantalla unas imágenes. No estaba preparado para ello, a bordo de una milenaria embarcación thailandesa.

Vi una calle estrecha *y* tortuosa del barrio chino de Bangkok. La

reconocí a los cuatro segundos. El cameraman había tomado como motivo principal la fachada de una casa estrecha y vieja, en cuyos bajos había instalado un ropavejero.

«La base china.»

Tuve un escalofrío de emoción, y mi enlace pareció gozar de mi sorpresa.

—Nuestros hombres han hecho un buen trabajo. Verá a varias personas entrar y salir en esa tienda. Queremos que usted identifique a los que pueda.

Un grupo de orientales cruzó ante la cámara, creando un momento de confusión al ocultar casi por completo la puerta del ropavejero, pero sí pude alcanzar a ver que la puerta de cristales se movía para dar paso a alguien.

—No se ha visto al que entró

—Lo fotografiamos al salir, no se preocupe.

La imagen dio un salto, como si hubiera pasado más tiempo, y los cristales de la entrada dieron un reflejo al moverse. Un hombre apareció y lo identifiqué por sus movimientos antes de que su rostro quedara en primer plano.

—Lushi Chao.

—A él le conocemos nosotros también… —carraspeó y añadió—: Gracias a usted. Los otros nos interesan.

Un nuevo salto en la imagen y vi que dos personas abandonaban la tienda del ropavejero. Avanzaron hacia la cámara y sus rostros quedaron inmóviles en la pantalla, paralizada la proyección.

—¿Los ha visto alguna vez?

Asentí. Me sorprendí con los puños prietos, furioso.

—Él es Phrae Kwang, el padre de Supajee, propietaria de la sala de baile Luna plateada».

—Donde trabajaba Sung Noen —murmuró mi interlocutor—. Ahora sabemos dónde encontró su fantástica información. ¿Y ella?

—La asesina del señor Khong.

La mano del falso monje budista me apretó el hombro.

—¿La conoce?

—Madame Tha. La encargada de la casa de baños.

Me dirigí a la puesta.

—¿Adónde va?

—A la cremación del señor Khong.

—¿Para qué?

—En la ceremonia estará Sara Buri, ayudante del señor Khong en sus buenos oficios como agente. Madame Tha debe conocer la verdadera identidad de ella… y querrá obtener más información. Si ella es la

traidora no puede ignorar que pasé la noche con Sara Buri. Habrá pensado que la chica conoce datos muy valiosos.

Me sujetó del codo

—Primera regla del juego —el reflejo de la iluminada pantalla daba a su rostro una expresión inquietante—: no mezcle en el trabajo las cuestiones personales.

—Sara Buri trabajó para el señor Khong como espía.

—… y usted parece sentir cierta debilidad por sus encantos. No se lo reprocho —se apresuró a decir—. Pero nosotros nos encargaremos de ella… y de madame Tha.

—Prefiero hacerlo yo —me solté.

El siamés estaba inquietó.

—Las instrucciones del jefe son estrictas: usted debe desaparecer de la escena. Le conocen demasiado, y harán cualquier cosa por capturarle. En cambio nosotros somos nuevos en el caso, aunque disponemos gracias a usted de toda la información.

Salí fuera de la camareta.

—No sé de qué jefe me habla. No le reconozco ninguna autoridad. Si lo ve, dígale que para darme órdenes debería haberme enseñado él en persona sus credenciales… y su rostro. Es muy cómodo dar las órdenes desde el anonimato, dejando que otros como yo expongamos el pellejo.

Me encontré en los muelles antes de que yo mismo me hubiera dado, cuenta. Estaba bastante furioso. Me preocupaba Sara Buri en la ceremonia fúnebre del señor Khong.

* * *

Me deslicé por entre los tamarindos del amplio jardín, atraído por la música de argentinos sones que parecía flotar en la serena noche. Era una música exótica para oídos occidentales, que poseía un singular atractivo. Me detuve *detrás* de un macizo de *buganvillas* para hacerme una idea de la clase de reunión que me esperaba.

Seis bailarinas, ataviadas con sus mejores trajes típicos, brocados y sedas encendidas, y cubiertas de joyas, se contorsionaban al compás de una melodía ritual. Las seis, como si estuvieran movidas por los mismos hilos, cruzaban las piernas, abrían los pies y alzaban hasta sus rostros sus manos de dedos extendidos, acabados en larguísimas uñas postizas, esmaltadas en tonos nacarados. Era una antiquísima danza fúnebre con la cual pretendían ayudar al señor Khong a encontrar más fácilmente las puertas del paraíso de Buda. Los invitados, no menos de un centenar, presenciaban la danza o paseaban en grupos por los cuidados senderos del amplio jardín.

No reconocí ningún rostro, por lo que abandoné la contemplación del

espectáculo, y seguí adelante, buscando a Sara Buri. En un extremo del jardín vi a los cocineros y servidores que estaban ultimando los preparativos de un lujoso banquete funerario, que sería servido después de la cremación, señalada para la medianoche. Hasta entonces, sólo se servían ligeros refrigerios.

Hasta ese momento no había visto a nadie conocido. Nadie me había seguido al parecer, o estaban haciéndolo muy bien. Miré mi reloj y comprobé que faltaban sólo unos minutos para las doce. La gente empezó a moverse en la misma dirección, y les seguí. Detrás del arco de unas palmeras encontré la pira funeraria. Los invitados empezaban a tomar posiciones para presenciar la cremación del cadáver.

Fue cuando tropecé casi con Sara Buri. Vestía un *sabai chieng* en seda blanca, con bordes de plata, que a la luz de la luna me recordó a una de las muchas divinidades thailandesas, a una aparición que simbolizase el ideal femenino.

Se sobresaltó al verme.

—¿Tú aquí?

—Sabías que vendría.

Estaba asustada. Dentro de la sutil túnica, su cuerpo tembló. Tenía las manos heladas y erizada la piel de su desnudo hombro, como si tuviera frío.

—Márchate, por favor —me pidió, en un susurro.

—Contigo.

—Ahora no. Debo asistir a la cremación.

—Estás en peligro. Madame Tha…

Apretó mis manos y respiró con fuerza. Su busto se alzó agitadamente y me interrumpió:

—El capitán Chainat ha estado preguntando por ti. Ha traído a muchos agentes y han rodeado el jardín: Madame Tha le ha informado que tú acudirías a la ceremonia. ¡Vete antes de que sea tarde!

Fui a explicarle lo que había averiguada acerca de la encargada de la casa de baños, pero vi al capitán Chainat a menos de quince metros, avanzando en mí dirección. No tenía tiempo. Empujé a Sara Buri.

—¡No me hagas preguntas, pero márchate de aquí ahora mismo!

Me zambullí entre las *buganvillas*, buscando las sombras. No pude ver si la muchacha seguía mis instrucciones, pero corrí tratando de zafarme de la persecución del capitán Chainat. En mi cerebro brillaba la luz roja de peligro. Estaba recordando detalles., y la realidad me hacía «rizar la piel. ¿Cómo no había meditado antes en los últimos acontecimientos? Sólo había una explicación: la fuga de la trampa que me había tendido la policía, y la precipitación de las últimas horas, me habían impedido ver algo que había estado hasta ese instante delante de mis ojos, sin advertirlo…

Un sordo crepitar a mi espalda, el tenue estampido de los leños al arder y el murmullo de las oraciones me revelaron que la cremación había comenzado. Y dentro de poco, si no lo impedía, habría otro cadáver listo para ser incinerado. El mío.

De detrás de una palmera salió una figura sólida, con una pistola en la mano.

—No dé un sólo paso, señor Robinson

Le obedecí. Hubiera podido partir en dos el espinazo de Phrae Kwang de tenerlo entre mis manos, pero estaba a cinco metros y empuñaba una pistola. Desobedecerle era caminar más deprisa el trecho que me separaba de la pira funeraria.

—¿Qué significa…? Si debo comprar más tickets por el alquiler de Anhua, no es preciso que me los exija de esa manera —intenté bromear para desconcertarle.

—No vamos a seguir fingiendo, señor Robinson. Sabe quién soy y a qué me dedico. Acompáñeme, por favor. No quiero matarlo… todavía.

—Muy amable.

No pude moverme. Algo se deslizó a mi espalda, y un segundo después estalló en mi cabeza. Para mí, terminó allí la lujosa ceremonia en honor a nuestro fiel servidor el señor Khong.

Antes de caer, sin embargo, divisé detrás de Phrae Kwang, asomando por entre unos bambúes a Kurt Raitt, el periodista alemán, y su inseparable pipa entre los dientes.

Capítulo XIV

UN pozal de agua fría y una andanada de bofetadas en ambas mejillas me despejaron. Pero debí tardar algo en abrir los ojos porque cuando lo hice tenía el rostro encendido e hinchado.

—Ya vuelve en sí —dijo una voz femenina.

Al enfocar la mirada reconocí a madame Tha. Estaba fumando y tenía las piernas cruzadas, sentada ante mí, en un sillón. Había perdido su dulce sonrisa profesional de la casa de baños.

—¿Terminó felizmente la ceremonia? —pregunté, incorporándome del suelo. Lushi Chao, que me había despertado a bofetadas, se apartó de mi lado, acariciándose la mano—. Recuérdeme que le agradezca sus «servicios», rata amarilla —le espeté, con todo el desprecio del que ara capaz.

El periodista chino farfulló un juramento y fue a lanzarse contra mí, pero madame Tha le contuvo:

—¡Quieto! Ya te ocuparás de él… si es preciso.

Phrae Kwang estaba detrás de la mujer, todavía con la pistola en la mano.

—Usted es un buen agente, señor Robinson —me sonrió madame Tha.

—Gracias —me puse en pie.

—E inteligente —prosiguió.

—Salta a la vista —lo admití con una sonrisa—Usted mató al señor Khong, y sus amigos a Sung Noen, pero en unas pocas horas encontré lo que este última quería entregarnos… y he descubierto la mayor parte de la red china en Bangkok. No puede decirse que haya fracasado en mi labor.

—Pero está en nuestras manos.

—Es un detalle que carece de importancia.

—No parece tener mucho apego por su vida.

—Se equivoca. Hay demasiadas cosas hermosas en la vida para renunciar fácilmente a ellas, pero… arriesgarme es mi oficio. Y esta vez parece que me ha tocado pagar un precio elevado por lo que he conseguido…

—No pagará nada… si es inteligente. Usted tiene algo que estamos dispuestos comprar, señor Robinson. La moneda que le ofrecemos es su

propia vida.

—Y con ella quieren comprar la información que pueda darles.

—Sigue siendo inteligente.

Me encogí de hombros.

—Por desgracia, tengo mala memoria.

—Podemos «estimular» su memoria, señor Robinson —advirtió ella.

—Dudo que consigan nada por ese procedimiento que está pensando, madame.

—Kay otros. Antes ha dicho que en la vida hay cosas demasiado hermosas… —chasqueó los dedos y una puerta se abrió—. ¿Esta es una de ellas, por ejemplo?

Me volví. Maniatada y con el *sabai chieng* rasgado apareció Sara Buri, con un golpe en la mejilla y el cabello en desorden.

—¡Frank! —gritó al verme—. ¡No pude huir! Ella… me detuvo…

—Lleváosla —ordenó madame Tha.

La puerta se cerró de golpe, borrando la imagen, antes de que pudiera hacerle a la muchacha ninguna advertencia,

—¿Entiende ahora, señor Robinson…?

Estaba todo muy claro. No podía resistir La idea de que la suave carne de Sara Buri fuera torturada y mutilada.

—Sólo queremos saber unas cuantas cosas —siguió madame Tha—. Por ejemplo, si ha logrado entregar el microfilm original que Sung Noen le dio a guardar a Anhua dentro de la pistola vieja; cuál será la reacción de los americanos; quiénes son sus enlaces en Bangkok; la identidad de los miembros de la segunda red americana *y* alguna otra cosa más… No es demasiado pedir por su vida… y la de Sara Buri.

Cerré los ojos. Mis ideas se aclararon. Madame Tha acababa de cometer otra indiscreción. La última. «Ahora ya sabía.» Por desgracia, nunca iba a poder informar de ello a Washington.

—Sólo negociaré con el jefe —dije de pronto, sin abrir los ojos—. Me pide demasiado a cambio de algo que va a costarles tan poco como nuestras vidas. Si he de ser traidor, quiero algo más a cambio para seguir disfrutando del tren de vida que estoy acostumbrado a llevar.

—No está en condiciones de…

La miré con fijeza.

—¡Dígale al jefe que venga!

—Yo soy…

—No diga estupideces. Usted es sólo un peón en el juego. Quiero tratar directamente con el jefe supremo. Dígale que sé quién es. Y que alguien más que yo también lo sabe.

La misma puerta de antes se abrió.

—¡Dejadnos solos!

* * *

Fueron saliendo, el último Lushi Chao.

—Quizá será mejor que me quede vigilando…

—Cuando quiera algo de ti, te lo pediré, camarada. ¡Lárgate!

El periodista salió y el capitán Chainat se volvió hacia mí. Era un felino. Nunca me dejaría salir vivo de allí. Pactase lo que pactase, él no iba a cumplir con su palabra. Ni yo con la mía, por supuesto. La fuerza estaba de su parte, y el juego consistía en cuál de los dos iba a ceder antes.

—¿Cómo supo que yo era el jefe de la red china?

—No sabía que era el jefe, pero sí que ocupaba un alto cargo en ella. Ha sido un *bluff* que ha dado resultado.

Se le encendió la mirada.

—Entonces, no hay nadie que conozca mi identidad fuera de usted.

—Se equivoca. Y no tome decisiones precipitadas. Los agentes americanos llevamos un diario para el caso de que encontramos la muerte en acto de servicio. De esa forma, el que nos releva, conoce hasta el último minuto lo que hicimos o averiguamos —le estaba mintiendo, pero él no podía probar ese extremo. Mi historia parecía verosímil, y de cualquier forma tenía que intentarlo para hacerle cometer un error. Continué—: En ese diario he consignado que usted puso un micrófono en el apartamento de Anhua ya que, después de oírme hablar, cuando regresé de telefonear, me aguardó en el apartamento de la muchacha. Usted no podía saber que yo acompañaba a esa muchacha… a menos que se lo hubieran dicho en la «Luna plateada», uno de los centros del activismo chino. Luego me acusó de que yo había luchado en la tienda de Nonthaburi: nadie me vio allí… excepto el propio Nonthaburi o el chino superviviente. Y ahora, hace un momento, madame Tha me ha preguntado algo acerca de la pistola de Sung Noen, dentro de la cual estaba el microfilm. Sólo usted había escuchado mi conversación con Anhua a través del micrófono-emisor…

—Esto último no puede estar anotado en su diario. Acaba de ocurrir ahora mismo.

—Pero los otros detalles…

—Coincidencias —agitó la mano en el aire.

—No son pruebas, cierto, pero mi relevo trabajará a partir de esos datos… y encontrará relación entre ellos y usted. No podrá continuar al frente de su red, capitán.

Estaba furioso y trataba de serenarse.

—¡Haré que me diga el escondite donde tiene ese diario y…!

—Llegará tarde. ¿Cree que estoy desconectado de mi red? En estos momentos, este lugar está rodeado por mis compañeros.

Chainat dio un respingo.

—¡Ya basta de fanfarronadas…!

—Seguí a Lushi Chao el primer día, cuando le di esquinazo, ¿recuerda? Me trajo hasta aquí. Soy experto en el «cambio de vía». Me faltó tiempo para informar a los míos del emplazamiento de esta base: todos están fotografiados y controlados.

Chainat se precipitó a la puerta como si hubiera enloquecido de repente. Mis palabras le habían puesto frenético.

—¡Lushi! —gritó desde la puerta.

—¡A tus órdenes! —oí que el chino acudía presurosa.

¡Bang! ¡Bang!

Los dos disparos ahogaron la voz del periodista chino.

—¡Maldito imbécil!

Pero las detonaciones volvieron a repetirse. Las conté. Ocho antes de que comprendiera que la pistola de Chainat no podía tener tantas municiones. Acto seguido me di cuenta de que el tiroteo era lejano, aunque en la misma base.

¿Se había producido un milagro?

De puntillas corrí a la puerta para participar en la fiesta. Vi a Chainat de espaldas y me precipité sobre él. En la escalera Phrae Kwang hacía fuego hacia abajo. Chainat y yo caímos al suelo, rodando, golpeándonos como fieras. Por su parte, Sara Buri cargó contra madame Tha, baja la cabeza, clavándosela en el vientre sin miramientos.

Las dos mujeres cayeron al suelo, pataleando, arañando el aire con las manos.

Por la escalera subían varios hombres sin dejar de disparar, con ferocidad. Phrae Kwang rodó con las manos en el vientre. Chainat quiso repeler el ataque, pero una bala le inmovilizó con una expresión estúpida en el rostro. Dos hombres levantaron a madame Tha del suelo y uno de ellos la abofeteó rudamente hasta que dejó de gritar. El primero en llegar a mi lado fue el falso monje budista que sonreía de oreja a oreja.

—Bienvenido —acepté su mano para ponerme en pie

—¿Creyó que íbamos a abandonarle? —preguntó—. Al fin estamos haciendo una buena labor de limpieza.

—Deme una pistola. Quiero aportar mi granito de arena.

—No es preciso. Se acabó todo.

Me asomé a la escalera. Abajo aún se luchaba. Mi enlace cortaba las ligaduras a Sara Buri. En ese momento, vi abajo una figura familiar y me precipité por la escalera, dispuesto a no dejarlo escapar.

Caí sobre él, arrebatándole la pistola. Su pipa saltó por los aires. Luchamos por el arma y le di un rodillazo en el estómago. Kurt Raitt sólo sabía lanzar maldiciones. Por fin conseguí hacerme con la pistola,

pero dos manos me sujetaron. Era mi enlace, el falso monje.

—¡Eh! ¿Qué hace? —me zafé—. Suélteme. ¿Va a dejarte escapar…?

—¿Por qué no?

Kurt Raitt ordenó sus ropas y recobró la pipa que había caído al suelo.

—Serénese, Frank, y respire hondo. Le presento a nuestro jefe.

Kurt Raitt me sonrió con el rostro avinagrado, acariciándose el estómago, y me lanzó al rostro una bocanada de humo.

De no sujetarme el thailandés, lo hubiese matado.

* * *

Repetí. Empezábamos a ir al compás, sabiamente armonizados, los labios de Sara Buri bajo los míos, entusiasmados, cooperando. Pero alguien seguía golpeándome en el hombro.

Tuve que abandonar a la muchacha, recobrar el aliento y volverme.

Era Kurt Raitt con un periódico en la mano.

—Siento molestar, pero pensé que le interesaría.

De buena gana lo hubiera arrojado por encima de la borda del submarino, a las grises aguas, pero mi jefe debía tener una buena razón para venir hasta la proa del sumergible donde Sara Buri y yo llevábamos más de una hora, haciendo planes.

Estábamos anclados en Singapur y él acababa de regresar de tierra.

—Vea esto. Es el periódico local. Hay una noticia que nos interesa.

Leí los titulares que me señalaba con la boquilla de su pipa:

«Un avión norteamericano, que había perdido el rumbo, se estrella en las montañas del norte de Thailandia. Se rumorea que llevaba a bordo una bomba nuclear que no estalló.»

Miré a Kurt Raitt. Este explicó:

—Un proyectil dirigido. El blanco más importante de la posguerra. La bomba no estaba montada. Se preparan sólo poco antes de ser arrojadas, y no les dimos tiempo. El radar localizó el avión y lo demás fue sencillo.

Sonreí.

—Muy sencillo.

No me interesaba aquella historia. Pertenecía al pasado. Sobre todo cuando tenía entre mis brazos un excitante presente como Sara Buri.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] Ghekko, pequeño lagarto blanco, gordo, casi transparente, completamente inofensivo, que se alimenta de mosquitos.

[2] *Satang: la centésima parte de un baht, la moneda oficial de Thailandia.*

[3] *Yeaks*: dioses menores.

[4] *Cham-cham: Vino de arroz envejecido durante varios años.*